

Hay una idea que alienta y vigoriza á todas las ciencias que tienen un objeto viviente. Mirada hasta hace pocos años como una teoría puramente especulativa, apenas existe ramo del saber humano al presente que pueda prescindir de ella por completo. Aplicada primitivamente á las ciencias físicas y á la historia, ha casionado el olvido, creciente de día en día, de todo principio rutinario y abstruso del antiguo filosofismo. Hoy, en historia natural, ha echado por tierra el dogma de la inmutabilidad de las formas de la vida; en psicología y fisiología, borrado diferencias químicas; en química, allegado lo inorgánico á lo orgánico y unificado la ciencia; en historia, destruido la uniformidad de las épocas; en lingüística, dado impulso prodigioso á la ciencia y prestado ayuda inmensa á la erudición; en política, dado la solución al problema de los fines del Estado; en las artes, sustituido muchas fórmulas *à priori* sin sentido con verdades deducidas de los hechos; en sociología, derecho, astronomía, física, moral, en

cuanto ha sido aplicada, evidenciado que el orden del universo no es más que una serie de mudanzas y proclamado en todas partes el triunfo de la razón y de la naturaleza. Esta idea, este hecho, esta teoría, que así lo ha mudado y trastocado todo, tiene por autor un filósofo digno de ella: Heráclito, y un nombre respetado: la evolución.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

PRESENTIMIENTO

RECUERDOS DE LA GUERRA GRANDE

La madre

¡Qué mañana tan triste!
¡Qué cielo obscuro!
Me parecen las nubes
Crespón de luto,
Y el sol que asoma
Una gran mancha horrible
De sangre roja.

El hijo

¿Estás enferma, madre?
¿Qué es lo que hablas?
Bellos están los cielos,
Las nubes blancas,
Y el sol brillante
Como copa de oro
Sobre los mares.

La madre

Es, hijo, que esta noche
Tuve unos sueños
Más tristes que las sombras
De un cementerio,
Y aquí del alma
No se borra su imagen
¡Ay! que me espanta.

El hijo

No son los sueños, madre,
Sino delirios
Y atrasadas creencias
De tiempo antiguo;
Quédate en calma,
Que ya mi regimiento
Da la llamada.

La madre

No vayas a la línea
Hoy, hijo mío;
Quiero pasar el día
Todo contigo.
Es mi tristeza
Tan grande y tan oscura,
Que estoy enferma.

El hijo

¡Pero es posible, madre,
Que por un sueño,
Tan amarga la pena
Hiera tu pecho?
Me estás matando....
Al honor y al servicio
Yo nunca falto.

La madre

Hijo del alma, escucha
Mi triste sueño;
Quizás aviso sea
Del alto cielo;
No lo desprecies;
Mira que Dios ¡ay! muchos
Misterios tiene.

Me encontraba esta noche
Medio despierta
Y te veía en la línea
De centinela,

Listo y gallardo
De un camino en la boca
Midiendo el paso.
En tu fusil brillaban
Luces muy bellas,
Y el sol iluminando
La bayoneta,
Rayo de gloria
Me pareció brotaba
Tu frente hermosa.

Al verte allí sereno,
Confiado, alegre,
Cual si no te mirara
Traidora muerte,
Dije encantada:
¡Qué valiente es el hijo
De mis entrañas!

Mas de repente sale
De árbol vecino
Nubecilla tan blanca
Como el armiño....
Oigo un estruendo,
Y una bala silbando
Te entró en el pecho.

Cayó el fusil a un lado
El kepi al otro;
Abriendo tú los brazos
Caíste de rostro,
Y, en tu agonía,
Besabas aún la tierra
De sangre tinta....

No vayas a la línea
Hoy, hijo mío;
Quiero pasar el día
Todo contigo.
Es mi tristeza
Tan grande y tan oscura,
Que estoy enferma.

El hijo

Vaya, madre, no llores;
Eso fué sueño;
Ya me verás mañana
Que sano vuelvo;
Quédate en calma;
Mira que el regimiento
Ya viene en marcha.

La madre

Adiós, hijo querido;
Dios te proteja.

El hijo

Adiós, creyente antigua,
Madre tontuela.

La madre

¡Temblando quedo!

El hijo

Mañana de mañana
Te traeré un beso.

La madre

¡Qué triste va la música
Del regimiento!
Es el canto de fraile;
En un entierro.
Las bayonetas
Brillan como los cirios
De oscura iglesia.

Lo que sufrió esa madre
Durante el día,
¡Ah! lo saben tan sólo
Las que en la línea
Tenían sus hijos
Oyendo de las balas
Fieros silbidos.

Ya el sol en el ocaso
Iba cayendo....
Todo en silencio estaba,
Tranquilo el cielo,
Y oyóse un tiro....
¡Ay! exclamó la madre;
Mató a mi hijo!

Al otro día, muy triste,
Muy de mañana
Esperaba en la puerta
De su morada,
La vista fija
En el camino recto
Que iba a la línea.
De soldados un grupo
Ve de repente,
Y oprimiéndole el pecho
Su angustia crece.
¡Madre, no vayas
A recibir el beso
De la mañana!

De algunos compañeros
Entre los brazos
Vino el hijo querido
De vida falto,
Y ella, secos los ojos,
De dolor muda,
En un grito de muerte
Le dió la suya.

Por el camino entonces
Batiendo marcha
Volvió el regimiento
De la avanzada.

1859.

RAMÓN DE SANTIAGO.

PLUMAS Y LÁPICES

A mis hermanos Daniel y David.

I

Tengo tres plumas en el carcaj de cristal de Bohemia que abrillanta el escritorio de nogal, cubierto de dijes y perfumado por las violetas que trae mi buena ama.

Una es de acero, otra de oro, amarilla como el ala del canario, y la blanca es de ave, tajada para el amado.

La de acero escribe los artículos rudos y obligados del periodismo en las horas de hastío de la existencia, horas grises en que la ley del trabajo hace inclinar la frente para llenar deberes contrarios.

Escribe con tinta.

Escribe con hiel.

Escribirá con sangre!

La de oro, preciosa pluma de mis triunfos, de mis glorias literarias, que la amo y la acaricio como a la compañera en las tenaces batallas del pensamiento y la idea, ella traza los libros en cuyo fondo vierte la fantasía calenturienta los colores, ya vivos, ya sombríos de la vida real, y aspira a conmover la sociedad provocando la ira santa del presente para ganar los galardones del porvenir.

¡Sí! Yo quiero vivir para después!

La amarilla escribe con la savia del cerebro robando la vitalidad del amor materia; con el hielo de la experiencia que paraliza las fogosidades del alma.

Ella trabaja!

Y la blanca!...

La de paloma que modula cantos en la copa mecedora de los sauces, esa suavcita pluma que resbala sin rechinar sobre el papel como la de acero, ni mostrándose dura como la de oro, esa viene del carcaj,

entre mis nerviosos dedos, cuando escribo al amado; cuando recuerdo la Patria á mis hermanos; cuando el alma llora en pobre rima de mal pergeñados versos, los más de ellos escondidos tras la gasa de nombres ficticios, por mí sola conocidos en el torbellino de los vivos, porque son cipreses y epitaños puestos sobre el cadáver de los recuerdos!

Mi suave y nevada pluma!

Imagen de la Felicidad, de la Resignación, de la Esperanza! es decir: ayer, hoy, mañana!...

Ella le ha dicho al amado todos los secretos grandes y pequeños: aprehensiones, niñerías, angustias y congojas.

Y él ha sonreído tal vez... ¿Qué sonrisa más divina? Mi nevada pluma, la de paloma, escribe, ora con el jugo del corazón que asoma cristalino y tembloroso á la pestaña, ora con la miel encerrada en el cáliz de las amapolas, belcño del alma que al alma va!

Oh, mi blanca pluma! yo la enristro como el gladiador romano que se lanza á la arena repitiendo con el poeta:

«Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan; ¡mi plumaje es de esos!»

No importa que los gusanos crujan bajo la tierra que el escrito pisa, si la pisada es firme.

II

Tus lápices guarda la zapatilla de porcelana puesta á la derecha sobre el escritorio de nogal, sostenida por dos angelitos de rostro radiante y risueños ojos.

Rojo como la flor del granado, como los kapis de los soldados de mi patria, es el primero, y echa tarjaduras y hace rayas sobre los impresos que leo y marco en la faena del periodismo.

Señala transcripciones que enrojecen algunas mejillas y azotan algunos rostros; y el lápiz rojo vuelve á la zapatilla de porcelana.

Con el azul, simpático lápiz, hago las anotaciones marginales en los libros que leo, y él me acompaña durante largas horas del día y de la noche junto al atril de lectura.

Trabaja el lápiz azul cuando las campanillas florecen en la maceta y se alegra el corazón.

Sus rayas, puestas aquí y allí, se muestran como girones de cielo detrás de las viajeras nubes que se amontonan, se esparcen y se van.

Ay! azul fué la sortija que el amado puso en mi dedo!

He visto que de azul se engalana la auro-
ra al nacer.

Azules han sido los más queridos ensueños de mi vida. Por eso amo mi lápiz azul.

El tercero es negro. Barnizado por fuera, tiene el corazón de carboncillo.

Tétrico, pero simpático.

Con él hago la lista de la lavandera y rubrico los recibos del carbón y del cocinero.

Pobre lápiz.

Negación de colores, ausencia de luz.

Mas él es obediente y callado; marca el aseo de la casa y la vida de la familia.

Mi lápiz negro es el mejor.

III

¡Plumas y lápices!

Ay! Yo que he amado tanto, y que tanto he sufrido, pido al Destino que al llevarse la juventud, me deje mi lápiz negro y mi pluma blanca.

Quiero hogar con recuerdos....

CLORINDA MATTO DE TURNER.

LOS ESTANQUES

El alma que no siente odio iracundo
al par que amor profundo,
al estanque adormido se asemeja:
en lo exterior, la luz que se refleja,
y en lo interior, el cenagal inmundo.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

De Santiago Maciel

A

JULIO MAGARIÑOS ROCCA

La hermosa composición con que nuestro colaborador y amigo el Dr. D. Julio Magariños Rocca favoreció á la REVISTA NACIONAL en su número anterior, ha motivado la siguiente carta de Santiago Maciel, á quien aquella composición iba dedicada. Al darle publicidad, hacemos nuestros los conceptos justamente elogiosos en que el autor de *Flor de árbol* formula su juicio de los versos de Magariños.

Sr. Dr. D. Julio Magariños Rocca

Mi querido amigo:

Como el personaje de Molière, que hacía buena prosa sin saberlo, tú escribes buenos versos, sin que nunca se te hubiese ocurrido que podrías invadir fácilmente el campo aun no cultivado de la poesía nacional. Ha sido una sorpresa y una revelación. Tu soneto no parece *primeriza*. En mi sentir, es irreprochable por la forma y por el sentimiento que lo inspira. Creo, hoy más que nunca, en las leyes de atavismo que rigen la especie humana, y que en ti se cumplen brillantemente. Para ti, que ya tienes una linda reputación de artista de la palabra, saludarte poeta no es tributarte un elogio apreciable; pero aunque mires con alguna indiferencia la hoja de laurel que te envío, hazme el obsequio de prenderla á la guirnalda que te han discernido ya los hombres de talento, que dicho sea de paso, no son entre nosotros muy diligentes para hacer justicia á sus contemporáneos.

Gracias por la dedicatoria, que tú califi-

cas de bandera y que yo conceptúo indigna de flamear á tanta altura.

Te saluda y felicita tu amigo que te quiere

SANTIAGO MACIEL.

T/c, Montevideo, Noviembre de 1895.

A la Esperanza

Esperanza! Esperanza! luz divina
que ofrécas al espíritu consuelo
con la virtud que te ha prestado el Cielo,
la cual la noche del dolor domina.

Per ti el alma, en la tierra peregrina,
vive alentada por el grato anhelo
que la hace soportar el triste duelo
de la nostalgia á que el pesar la inclina.

¡Qué fuera de la pobre criatura,
condenada á sufrir, desde que alcanza
la luz de la razón, la desventura,

si no existieras tú, noble Esperanza,
que embelleces sus horas de amargura
haciéndole entrever du'ce bonanza!

CONSTANTINO BECCHI.

UN AMOR

(NOVELA)

POR

VÍCTOR PÉREZ PETIT

PRIMERA PARTE

DEL "DIARIO" DE GERVASIO VELARDE

(Continuación)

14 de Diciembre.

¡Uf! ¿Por dónde empezar? Tengo tantas cosas que anotar, que no sé cómo voy á deshacerme de este lío.

Fuí al baile de Herranz, y en buena hora. Y pensar que estuve en un tris de meterme anoche en la cama ó de quedarme escribiendo versos de trece sílabas. ¡Hombre, hombre! Lo que son las cosas humanas. ¿Quién habría de decirme que metiéndome en la casa de Herranz iba á empezar á cumplir mi proyecto?

Pues es el caso que entro al salón, y de buenas á primeras me doy de manos á boca con Calzada.

—¡Hola, Velarde!— me dijo mi amigo— ¿Qué viento te ha traído por aquí?

—El fastidio,—le repliqué con toda sinceridad.

—Pues, chico, vas á aventar tu fastidio á los quintos infiernos. ¿A que no sabes quién está ahí en el salón?

Tuve, recién entonces, una corazonada, y se le el nombre de la muchacha.

—Justo,—me contestó Calzada.—Allá está, en el fondo, cerca del sofá, vestida con un traje color de rosa.

Y, en efecto, apenas di algunos pasos en zig-

zags entre las parejas que bailaban al compás de un majestoso boston, vi á Marta Ferrara sentada junto á un jarrón chino y hablando con un joven para mí desconocido.

Saludéla á distancia y, como si anduviera paseando, fuíme hacia el extremo opuesto del salón, donde me detuve á hablar con unos amigos. Al volverme disimuladamente, noté que Marta tenía clavados en mí sus ojos negros, — aquellos ojos misteriosos y profundos que me atraían como un imán.

¿Por qué me estuve tanto tiempo de plática con aquellos jóvenes de charla insubstantial? La verdad es que no quise darle á entender á Marta que me interesaba por ella. Pero, ¿no era mi objeto demostrarle interés precisamente? ¡Vamos! Yo no sé lo que pensaba.

Calzada y Mena me arrancaron del grupo. Cada uno de ellos llevaba del brazo una compañera, y el primero, preguntándome si deseaba bailar, me ofreció presentarme una señorita. Acedí. ¿Por qué? Esa fué la segunda tontería de la noche.

Danzaba con una señorita de Juárez — la que me presentó Ricardo — cuando me crucé con Marta. Ella también, tal vez cansada de esperarme, bailaba con un joven. Entonces me llamé por lo bajo, tres veces, imbécil! Pero lo peor del caso es que, fastidiándome de lo lindo con la señorita de Juárez — una joven incapaz de seguir una conversación y que parecía no conocer otro lenguaje que el monosilábico — no me decidía á dejarla. Se me había puesto entre ceja y ceja que si yo lo hacía iba á tomarlo á ofensa. Entretanto Marta, que me veía tan dedicado á aquella muñeca de cera, me miraba seriamente. ¿Era indiferencia ó cólera? Por fin, senté á mi compañera, quien me dió las gracias efusivamente. ¿Si habrá bailado conmigo á disgusto y sin atreverse á pedirme que la sentara? ¿Tendría que ver que los dos nos hubiéramos dado «la lata», aburridos el uno del otro!

En fin, después de mil vueltas fui á saludar á Marta. Las primeras frases fueron banales y frías. Ó estaba enojada ó no tenía ganas de conversación. Ni siquiera me dió bromas con la señorita de Juárez. Hablamos de los temporales de estos últimos días, de lo hermoso que se presentaba aquel baile, y de cuanto más estúpido se le pueda ocurrir á un cerebro humano. ¡Vive Dios que nos lucíamos!

Invitéla á bailar y me contestó que hacía mucho calor y que ya lo había hecho. ¡Demasiado lo sabía! Es claro; había bailado con otro, mientras yo andaba haciendo el zángano por allí. La invité, entonces, á refrescar, y pasamos al buffet.

Al cabo, la nieve se fué derritiendo. Entre dos copas de champagne empecé á explorar el terreno, indagándole la causa de su mutismo. Me replicó que estaba un poquito incomodada, pero que la cosa no valía la pena.

¡Eureka! Ya había encontrado mi filón y allí dirigí mis esfuerzos. ¡Que no valía la pena! Era necesario ser un desalmado para no interesarse en los males ó penas que aquejaban tan deliciosa persona. ¿Cómo no interesarse por ella?

Iba hablando lentamente, tratando de aparecer galante, nada más. Ella me oía, guardando silencio, muy preocupada al parecer, con su abanico.

—Por ventura, ¿no la divierten á V. los bailes?

—¡Ps! — hizo con un delicado mohín de los labios, — me han sido muy indiferentes.

—Me parece que habla V. en tiempo pretérito... ¿acaso en el presente no la disgustan tanto?

—Puede ser.

Y vueltos hacia mí, un minuto, sus ojos negros, pareció leerme en el alma mis más ocultos sentimientos. Sostuve su mirada, y en aquella mirada profunda y escrutadora que cruzamos, sin pronunciar una palabra, ni el uno ni el otro, hicimos las paces.

—Si V. supiera... Yo me he encontrado siempre rodeado de jóvenes, pero todos se me han antojado tontos... Yo no sé... Son insignificantes, pueriles, necios. Hablan con frases hechas y movimientos afectados; no saben más que repetirme que soy bonita; discurren sobre el tema del amor, siempre con los mismos giros y argumentos; no tienen una idea propia ni un sentimiento verdadero. Me cansan, me abruma, me alietan. Por eso, no me he divertido en los bailes, y por eso, también, no he encontrado aún un hombre que despertara mi corazón....

—Pero, oiga V.... Tal vez haya error por su parte. Puede muy bien suceder que sea su corazón insensible para el amor y que ni esos jóvenes ni otros....

Su cabeza negaba mi aseveración. Yo continué:

—Otros, que reunieran las condiciones que V. exige, muy bien pueden no lograr su afecto.

Continué meciendo su hermosa cabeza de derecha á izquierda, horizontalmente, contradiciéndome.

—Entonces, ¿ha encontrado V. alguno?...

Y me detuve esperando una respuesta.

—Mire V., Velarde; yo gusto hablar con sinceridad; le diré, pues, lo que hay de cierto. Si, es verdad, me parece haber encontrado mi ideal ó cosa así; pero aun no he cruzado frases de amor con él; aun no sé si será correspondido mi cariño.... Es tonto esto de que yo le haga semejantes confesiones, ¿verdad? Pero V. es inteligente, y yo se reír de mí....

La miré, en silencio, sin encontrar una frase amable con que replicarle. Mientras hablaba, parecíame que me hacía una declaración velada, pero sus últimas palabras hicieronme pensar que otro hombre fuese el que ocupara su corazón. Estaba casi perplejo. Luego, saliendo de mi distracción y como siguiendo el vuelo de los pensamientos de ella, dije:

—La creo á V. sin que me lo jure, porque á mí mismo, que le hablo, me pasa algo por el estilo....

Sus ojos pensativos parecieron volver de un ensueño y se fijaron en mí. Yo continué:

—Si, días atrás, cuando la conocí á V. en casa de Verlara, le dije que no tenía un ideal... Entonces no fui sincero, y V., ahora, acaba de darme una lección. Quiero retribuir franqueza....

Y como un orador que se prepara á saltar un lindo parafito, bebí un poco de champagne. Aquello nos volvió á la realidad, y entonces, frente á aquellos ojos que me seguían analizando, sentí que desmayaba mi voluntad. ¡Otra tontería!

—Diga, — murmuró ella, animándose.

—Pues bien, — proseguí, — yo también persigo un ideal, y creo haberlo encontrado. Pero yo, como V., no sé si soy correspondido y temo... ¿cómo diré?... arriesgarme....

—Pero, ¡Dios mío! Me parece que es al hombre á quien le corresponde adelantarse....

—Sí, esta claro.... Yo no pretendo decir que sea la mujer quien haga la declaración.... Pero, para que el hombre se decida, es menester que la mujer le dé antes algunas pruebas de que no será desairado....

—¿Y V. no las tiene?

Había vuelto á clavar en mis ojos su mirada profunda y misteriosa. ¿Qué me decía aquella mirada insistente? ¿Era ella el ideal de que le hablaba? ¿Así lo entendía ella? ¿Me reprochaba que yo le significase que no había recibido pruebas alentadoras por parte suya? Y en fin, ¿sería yo el hombre que interesaba su corazón y á que ella se había referido?

Entonces, á media voz empecé á formular mi confesión, con muchas reticencias y circunloquios para que no tuviera datos precisos de que á ella me dirigía. Dijela que adoraba una mujer á quien no le era, tal vez, indiferente; pero que por simples miradas, no me atrevía á fallar resuelto ante. Dijela que pensaba continuamente en ella; que cuando no la veía durante el día, encontraba triste y disgustado, que me había tornado un niño, viviendo sólo con el recuerdo de aquella mujer....

—Pero V. no la ve porque no quiere — dijo, interrumpiéndome.

—¿Cómo?

—Claro. Me parece que si V. pasara por frente á la casa de ella, se haría el gusto....

—Pero eso sería hacerle una demostración....

Apenas terminé la frase, advertí que había dicho una tontería. Entonces me ofusqué, y tratando de borrar aquel error, empecé á hablar apresuradamente, sin recordar que este es el mejor medio para desbarbar y decir todo aquello que no se desea. Y en el torrente de palabras que se desgranaban de mis labios, atropellándose y confundiendo, dije que estaba resuelto á terminar con mi incertidumbre y á fin de lograrlo, que iba á pasar, según ella me decía, por frente á la casa de ella.

Marta me miró con insistencia. Su rostro parecía animarse con el triunfo. Había logrado, tal vez, conducirme al terreno que deseaba. Y ahora, una alegría inmensa iba distendiéndose por su faz, poniendo una sonrisa como una aurora en medio de sus labios de granada. Y ella también fué imprudente.

—¿Por qué no ver realizado mi ideal? — murmuró, como si hablara consigo misma. — Siempre he desesperado de ver realizadas mis más bellas esperanzas. Hecha á ver coronados todos mis deseos con los más rudos fracasos, antojásemse un imposible lograr la dicha que ambiciono. Pero, ¿á qué este triste pesimismo? ¿Por qué no han de lucir para mí días de ventura y alegría? ¿Por qué ha de perseguirme continuamente la adversa fortuna?

De pronto, como si notara el terreno resbaladizo en que se encontraba, agregó sin transición:

—V. mismo me da el valor que necesito. Su ejemplo es contagioso y yo voy á seguirlo según corresponda á mi sexo. Tal vez el hombre á quien yo quiero no se ha dirigido á mí, porque, pensando á la manera que V. piensa, espera que yo le aliente con una frase, un gesto ó una mirada.... Vea V....

Se interrumpió bruscamente al advertir que habíamos quedado solos en el comedor. Únicamente los dos mozos que servían la mesa esta-

lan allí conversando amigablemente, al lado del gran aparador. Se levantó de su asiento y me pidió que la condujese a la sala.

—Es verdad; hemos quedado rezagados,—la dije,—y tal vez este *tête à tête* preocupe a algunos, perjudicándola a V.

—Ah! ¿Le parece que será así?—me replicó, mirándome por entre sus pestañas negrísimas, y con un gesto de reproche imposible de traducir de otro modo.—¿No seré yo quien comprometo a V.?

—De manera alguna.

—Entonces, por mi parte, no tengo temor alguno. Si V. quiere, podemos quedarnos aquí.

Un minuto nos examinamos sin agregar palabra. Nos adivinábamos recíprocamente el pensamiento y temíamos ser, uno de los dos, el primero en arriesgar una confesión. Por fin, dije:

—Volvamos a la sala por el qué dirán.

—Es una razón conciliadora,—murmuró sonriendo con intención.

Y mientras cruzábamos el patio, donde discurrían algunas parejas disfrutando del aire fresco de la noche, atacó sus trincheras, cortando aquel nudo gordiano:

—Es una razón conciliadora... forzosa, ó yo no lo entiendo. V. acaba de decirme que tiene un ideal, para el que vive y al que desea conquistar; y siendo esto así, ¿cómo es que puede pasear tranquilamente, sin comprometerse, apoyada en mi brazo?

Instantáneamente vió la celada que le tendía, y, sin vacilar, con envidiable naturalidad, ganó tiempo, diciéndome:

—Dentro hace un calor sofocante. Aquí, en cambio, corre un aircillo precioso. ¿Nos sentamos?

—V. lo manda,—repliqué, conduciéndola a un rincón del patio donde había un sofá de estera, semi-oculto pintorescamente por una planta de helecho.

Y sentados que fuimos, estreché el círculo nuevamente, reproduciendo mi argumentación bajo esta otra forma:

—Por lo que voy viendo, su *simpatía* no se encuentra aquí, cuando V. se decide, con finura tan exquisita, a acompañarme todavía....

—Ese podría ser un reproche, y si yo le fatigo....

—V. no quiere entenderme, Marta,—repose llamándola por primera vez por su nombre y a fin de alhagarla por ese medio, y decidirla una vez por todas.—V. elude mis cuestiones y afirma cosas que yo, aunque las experimentara, jamás me atrevería ni aun a dejárselo sospechar. Contésteme, pues, con franqueza....

—Pero, ¿qué quiere V. que le conteste?...

—Mis preguntas, sencillamente.

—Iguals podría hacérselas yo a V., pero no quiero hacerle decir lo que V. trata de ocultar.

—Yo no lo oculto, y si V. me preguntara, a la manera que yo la interrogo, le contestaría.

—Estamos sutilizando.

—Sí; y por sutilizar y aguzar el ingenio y cruzar frases como saetas del modo que lo hacemos, nos olvidamos de ser sinceros....

—Déme V. el ejemplo.

—No hago otra cosa, me parece....

—Veamos, pues... ¿V. no se cansa con mi compañía?

—Creo, señorita, que mi conducta no le da a V. motivos para ofenderme de tal manera....

—Ve V.! Ya está evadiéndose....

—Bueno. No me canso; antes por lo contrario me encuentro admirablemente. ¿Y V.?

—¿Yo? Estoy tan bien que casi no me acuerdo de mi ideal....

Un momento nos observamos silenciosamente. Las últimas palabras pronunciadas importaban una confesión. Ella estaba junto a mí, más hermosa que nunca, recostada indolentemente contra el respaldo del sofá, como extasiada. Yo me sentía atraído por aquella mujer deliciosa y espiritual, casi enamorado de verdad,—a tal punto que no necesitaba esfuerzos para demostrarlo. Seguía mi plan sin costarme gran trabajo desarrollarle, y pareciéndome que en realidad quería a Marta. Sentía que ella se me abandonaba; que me exigía una declaración franca y sincera; que esperaba ansiosamente que yo resolviera de una vez aquella conversación llegada a su período álgido y en la cual, hasta entonces, no había hablado el corazón, sino el ingenio.

Y entonces, mientras en el salón el piano desbordaba en un torrente de notas brillantes y juguetonas arrastrando en sus alegres compases a las felices parejas, allí, en el patio, medio ocultos por las afligidas hojas de los helechos, empecé a balbucear mi credo de amor, esa estrofa candente de la pasión que vuela de un alma para hacer su nido en otra alma. Hablaba a media voz, rápidamente, saltando de una idea a otra, persiguiendo las frases, envolviéndolas en los giros caprichosos de mi imaginación. Decíale mi historia, con toda sinceridad, mis terribles días de sufrimientos y nostalgias, mis negras noches de desconsuelo y dudas; contábale la vida de mi corazón, sin una alborada, sin un recuerdo, sin una esperanza, lleno de pesar y de luto, huérfano y abandonado por la amistad y el amor: narrábale luego, con menos sinceridad, pero con mayor énfasis, mis primeras ilusiones y mis primeros encantos, los sentimientos que despertaron en tropel en mi corazón cuando la vi por vez primera, y cómo, desde entonces, ella llenó de luz riente y sonrosada el cielo de mi vida, tejiendo guirnaldas perfumadas en torno de mis esperanzas y derramando balsámico rocío en mi pecho cansado de soledad;—y al murmurarle al oído aquellas frases ardientes, apasionadas, temblorosas, que rebullían con el calor de la improvisación y reflejaban todo un mundo de idealidades y de ensueños, de encantadas alegrías y brilladoras esperanzas para todo un porvenir enhebrado de perfumes y matices, sonriéndole enamorado, estrechándome contra ella, embriagándome a mi vez con el perfume de violetas de Parma que emanaba de sus negrísimos cabellos, deslumbrado por el fuego pasional de aquellos sus ojos negros, profundos, misteriosos, creíame yo mismo realmente enamorado é imaginábame sentir todo lo que la expresaba.

Las conversaciones, y las risas salían como raudal bullicioso del amplio salón donde se bailaba, pero nosotros no lo oíamos, sumidos, como lo estábamos, en arrobador éxtasis. Marta tenía estremecido el seno, encendidas las mejillas, entornados los párpados cual si viviera en un plácido ensueño y escuchara lejana melodía que inundara de paz y de dulzura su corazón. Su pensamiento seguía el vuelo de los míos, y refundidos en un ser, se estremecían y vibraban al unísono. Las horas corrían lentas, calladamente, muriendo en la esfera una tras otra

bajo el pálido resplandor de las estrellas de plata.

Hacia rato ya que hablábamos confidencialmente. Salvado, por mi parte, el escollo, ella me había seguido en el terreno de las confidencias. Y en esto estábamos cuando cruzó Calzada que se dirigía al *buffet* acompañando a una señorita, —la señorita de Juárez.

Me miró sonriendo y, discretamente, siguió su camino sin decirme una palabra. Marta, al reconocer a mi ex-compañera, dijo entonces por primera vez:

—Su conquista, Velarde.

—No, una de mis tonterías de esta noche,—le repliqué.

—Ah! sí? ¿Tonterías? ¿Ha cometido muchas?

Al vuelo atrapé todo el a'cance de la pregunta, y dije:

—Muchísimas hasta el momento en que fui a saludarla a V.

—¿No será esa la más grande?

—¡V. lo dice! Podría llegar a ser tontería si V. llegara a engañarme ahora ó más tarde....

—Yo no olvido, Velarde.

—¿No olvida V. nunca?

—Nunca;—contesté con firmeza.—Si hasta hoy no le dado a nadie mi amor es porque no tenía la plena seguridad de ser consecuente y conservarlo para siempre.... ¡Ojalá pudiera ser correspondida en la medida que yo amo!

Al oírle tal exclamación sentí algo así como un remordimiento. Yo no la amaba; yo le había declarado mi amor porque así me lo había propuesto de antemano, deseando ser feliz en lo venidero de acuerdo con las ideas verdaderas días atrás en mi «diario». Pero esto fué breve como un relámpago. Había desempeñado mi papel tan á lo vivo, que hubo momentos en que yo mismo me creí enamorado. Por lo demás, experimentaba de verdad un placer en encontrarme al lado de Marta, y todo esto contribuyó a desvanecer aquella leve sombra de altruismo.

—¿Entramos?—la pregunté bruscamente, para concluir de aluycantar el nublado aqnel.

Y ofreciéndole el brazo, penetramos en el amplio salón. La fiesta seguía animadísima. Estaban bailando unos lanceros y tuvimos que dar un rodeo para meternos en un rincón desocupado que atisbamos desde la puerta de entrada. Alegres risas, conversaciones á media voz, frases, cumplidos, llamados, reproches, restallaban por doquiera, cruzándose en todas direcciones, entremezclándose, confundiendo, formando una confusa y juguetona algazara que acompañaba las voces sonoras y armoniosas del piano.

Sentados en un confidente contemplábamos aquella alegre concurrencia ajena de cuidados y pesares y entregados únicamente a la dicha de vivir. Cruzábanse las jóvenes con los caballeros en círculos contrarios y entrelazados en la *cadena*, de la última figura de los lanceros, tejiendo una confusión regular, si vale la frase, que daba más animación y alegría al cuadro. Sobre un ancho vaso de Bohemia que tenía yo al lado, se retrataban los danzantes, completamente deformados, muy bajitos y enormemente gruesos. Hicémoslo notar á Marta y nos reímos un buen rato de las extrañas figuras que dibujaba el atrevido jarrón de Bohemia.

—V. es poco afecto al baile, ¿verdad?—me preguntó Marta.

—Muy poco; pero con V. sería otra cosa....

¿Quiere V. que en la próxima pieza....

—No, no; era una observación, nada más. A mí, también, me llama poco la atención.

Un pequeño reloj Luis XV colocado sobre el mármol de la estufa, dió las dos de la mañana con su timbre cillo vibrante y cristalino. Pasaron inadvertidas las pequeñas campanadas para las alegres parejas; entonces en el cómo del placer, y como avergonzadas y corridas, fueron á envolverse en las pesadas y rojas cortinas que á lo largo de las puertas caían en pliegues majestuosos.

Era el salón, en aquel instante, un continuo ir y venir de personas. Los que bailaban cruzábanse en todas direcciones, siguiendo el juego caprichoso del baile; otros caballeros surgían de pronto entre los tapices de las puertas que daban al patio ó al saloncillo, y sus tersas y blancas pecheras de la camisa daban un tono nuevo á aquel conjunto aristocrático del salón; y los que no bailaban, sostenían animadísima conversación con las damas, accionando con las manos perfectamente enguantadas y errando amables sonrisas á sus oyentes. Estaban ellas más hermosas que nunca, los ojos brillantes bajo el arco movable de las arqueadas pestañas, las mejillas encendidas por el calor que vertían las encendidas arañas de cristal y los labios sonrientes y rojos, como ebrios de aquel néctar de placer que fluctuaba en el aire con perfumes de flores y de esencias. Sus trajes riquísimos, de colores claros y delicados, salpicados coquetamente por guirnaldas de jazmines ó de rosas, se plegaban sobre sus hombros marmóreos que terminaban en fugitivas bandas de rosas ó servían de níveo estuche á un resplandeciente collar de diamantes que semejaba una vórbora de fuego plateado.

Había en aquella atmósfera tibia cargada de aromas sutísimas y sensuales como un vago aliento de deseos misteriosos y de besos impalpables; y diríase que las notas del piano, al correr ahora las bajo las luces deslumbrantes y entre aquella bulliciosa multitud atiborrada de colores, se contaban unas á otras secretillos, juguetones y deseos contenidos, adivinados entre los grupos de danzantes.

Allá, en el fondo del salón, en el extremo opuesto al que nosotros nos hallábamos, una gran luna de Venecia alza su límpido cristal encerrado en su marco de doradas y caprichosas molduras, sobre cuya superficie se retrataba el desorden encantador que reinaba en la sala. De los biselados de sus márgenes arrancaban rayos de luz vivísimos con todos los colores del iris, ora un rojo ígneo intensísimo, ora un verde mar, tenue y desmayado, ora un violáceo azulado que parecía brotar de una cascada luminosa. También los cañales de las arañas hacían juegos de luz, despidiendo chispazos de oro, azul turquí ó relámpagos purpúreos, transparentes y lustrados.

Frente á nosotros, una consola, sustentada por dos grandes estínges, parecía un mar de oro, destacando su alto espejo que nos enviaba las imágenes de toda la concurrencia. Y aquí y allá, altas columnas de *pedúleo* rojo sustentaban bronce ó blancas estatuas de mármol.

Con todo, la hora avanzada iba de-poblando la sala de Herranz. Allá, junto á la puerta, la dueña de casa despedía con mil atenciones á algunas personas. Las conversaciones se particularizaban, reuniendo pequeños grupos, formando dúos, conquistando la confianza que las reglas de la etiqueta habían corrido desde un

principio. Algunas enamoradas parejas, perdidas por los rincones, conversaban en voz baja á cien leguas de la reunión. El galán se posesionaba del abanico de su compañera, jugando con él al descuido, y tomando el aspecto, sin advertirlo, de un muñeco idiotizado ante una deidad pagana; y ella, la joven, recostada románticamente en su asiento, los ojos bajos, soñando despierta, estremecida por corrientes extrañas y voluptuosas.

—¿Nos vamos, Coca?—dijo á nuestro lado una señora que apareció sin haberlo notado nosotros.

—¿Tan pronto! Un ratí o todavía.... ¿eh?—solicitó mimosamente Marta, mirando á su mamá.

Y yo aduje por mi parte, después de saludarla:

—Es temprano aún, señora.... Un cuartito de hora, por favor....

—Es que es muy tarde ya....—repuso la señora.

—Un poquito....—dijo Marta.

La mamá de Marta se retiró por el foro y quedamos otra vez entregados á nuestras confidencias.

—¿La llaman á V. Coca?—le pregunté.

—Sí, desde chica. Mi hermana menor no sabía llamarme de otro modo, y el sobrenombre me ha quedado....

Entonces empezó á narrarme algunos detalles de su infancia y algunas de las diabluras que cometiera. Reía al comentarlas, tratando de contenerse. Por ejemplo, una vez se había cortado todas las pestañas....

—Calcule V. qué facha tendría....—agregó.

—Pues ahora las tiene V. hermosísimas.

—Le prohibo que se ría....

—Bien sabe V. que soy incapaz de hacerlo. Por otra parte ya estará V. convencida....

—Yo no estoy convencida de nada....—me interrumpió.

—¿Y de mi amor?

—Eso me lo reserve, y á V. le corresponde hacer porque yo no pueda menos de confesarlo.

Poco á poco iban quedando vacíos los salones pareciendo que una ráfaga de tristeza ó de cansancio pasaba sobre ellos. Ya no estaba allí aquella alegre multitud que bailaba hasta hacía poco, confundiendo en un conjunto variadísimo el negro de los fraques con las primaverales telas de las señoritas. Entonces, á la vista de los rezagados, surgían mil detalles que no se notaban al principio: los pufs dorados y de admirables bordados en sedas de colores, semi-escondidos entre una llamativa cortina y un amplio sofá de moaré rojo; confidentes de tela de Persia, arrumbados en un rincón en la fiebre de la danza; pequeñas estatuitas, bronce y jaspes, diseminados sobre mesitas de laca, *secretaires* ó pedestales, y, sobre todo, allá cerca de la estufa de mármol negro, entre dos jarrones chinoscos, un encantador amorcillo que, puesto un dedo sobre los labios, parecía reírse solapadamente de nosotros.

Hasta la luz de las arañas tomaba un brillo pálido, como vencida por el sueño. Las flores, en sus monumentales jarrones, se adormecían descoloridas y exhalando sus postreros perfumes. Las mismas cortinas y colgaduras debían haber perdido toda su airocidad, pues caían perezosamente, abandonadas, como desfallecidas. Algunos bailarines entusiastas y porfiados, seguían,

solitarios en la sala, los compases de un viejo vals de Wateufeldt. El rostro de las personas estaba descolorido y un tinte pálido ponía en todas las mejillas el sello del cansancio. Lentamente la calma y el silencio iba extendiéndose por toda la casa....

La señora de Ferrara vino á buscar nuevamente á Marta. Hubo que despedirse, y al hacerlo, mientras clavaba en mí aquella su mirada de fuego, penetrante y sensual, murmuró ella casi á mi oído:

—Creo que he soñado esta noche.... ¡Qué triste sería despertar en medio de un desencanto!....

Y yo, inclinándome delante de ella, repliqué con cierto remordimiento:

—El tiempo lo dirá....

El pequeño reloj Luis XV de la estufa del salón, dió en ese momento las tres y media.

(Continuará.)

FANTASIA

LAS TRES REINAS

Surgiendo el Sol en oriente
Con su más rico atavío,
Mostraba su faz sonriente
Al irradiar esplendente
Su primer rayo de estío.

Henchido de orgullo y gozo
Doraba el azul dosel;
Mas dando con un verjel
Tan florido como hermoso,
Quedó prisionero en él.

Allí entonces, serpentando
Su luz de oro entre el ramaje,
Mientras domina el paisaje,
Se deleita matizando
La esmeralda del follaje.

El arroyuelo triunfante
Rompe el lecho de verdura,
Y en la soberbia espesura
Se cimbra el ceibo arrogante
Y el aura leve murmura.

Reunidas to las en coro
Las aves de mas valía,
Con sublime melodía
Alzan un himno sonoro
Á Aurora, Matilde y Lía.

Candor, Belleza y Estío,
En plácida unión las vi:
Las aves en coro allí
Disputábanse su brío
Para ensalzár las así:

Nunca los ceibos y talas
Lucieron más ricas galas,
Ni el campo flores más bellas,
Ni el ave más lindas alas
Que cuando estaban con ellas.

CONSTANCIO C. VIGIL.



Imitación

Al través del amor que te profeso
He visto, cual quimera realizada,
Que dos almas que rien en un beso
Adóranse en la luz de una mirada.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Las últimas palabras de César

A mi amigo José Cremonesi

—¿La mesa de historia? ¡la mesa de historia! preguntó con voz aflautada un joven peli-rubio, deteniéndose bruscamente ante un bullicioso grupo de imberbes que procuraban ahuyentar el susto de un próximo examen contando divertidas historietas. — En el salón número dos. . . estamos en la puerta, — contestó uno de los interpelados, y agregó: ¿piensas dar examen, *che*? — Es verdad; á eso he venido, y sólo sentiría no examinarme esta tarde, como es mi deseo. — ¡Estarás así! — me supongo, agregó otro de los contentillos con acento burlón, encogiendo el antebrazo derecho y apretando el puño hasta imprimirle un ligero movimiento de girolino. — Regular no más, repuso el interrogado, con falsa y artificial modestia: hechos conozco pocos, lo confieso, pero en cambio creo haberle arrancado á la historia útiles y provechosas enseñanzas. Yo me he convencido de que esta ciencia nada vale sin la filosofía, á pesar de que muchos opinan todo lo contrario, — y por eso me he ocupado más de la interpretación de los hechos, que de los hechos mismos. Eso de estudiar historia como quien se aprende una lista de reactivos químicos: — que entre paréntesis es lo único que me falta saber para conocer á fondo esa materia — está bueno para los niños de escuela. Yo estoy por el raciocinio, como Aristóteles: me gusta pensar, discutir, investigar. . . en fin «tout cela», como dicen los franceses. — Pero entonces habrás consultado á Mommsen, á Cantú? . . . replicaron algunos de los que lo escuchaban, con truhanesca admiración. — Nada de eso: he consultado mi cerebro; pensando, Vv. s. ben, hay pocos problemas que no se resuelvan. Newton descubrió, si mal no recuerdo, las leyes de la «locomoción aérea», nada más que pensando en ellas continuamente. — Pues si es así, no harías nada malo en decirnos algo sobre la influencia del cristianismo en el mundo. — El catedrático nos explicó el otro día; . . . pero yo no recuerdo ni jota. — ¿Y Vds? dijo uno guiñando el ojo á los compañeros. — Tampoco.

— Pues entonces, insistió el mismo, explícanos que te escuchamos.

— Con mucho gusto ¿cómo no? exclamó vivamente el improvisado catedrático. Tosió un poco, y después: — mis tenaces reflexiones, dijo, sobre Cristo y su doctrina me han revelado que este hombre por tantos

millones de almas bendecido no hace mucho, ha ocasionado á las sociedades infinitos males, aunque, preciso es advertirlo, sin voluntad dañina, inconscientemente. En efecto, Vds. no ignoran que Cristo dijo un día que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un rico entrara en el reino de los cielos. Pues bien; estas palabras que cuando brotaron de sus labios no tenían, según mis cortos alcances intelectuales, más objeto que el de intimidar á Judas, que dominado por sus malas mañas, no siempre rendía cabales cuentas del dinero á la comunidad que desafortunadamente le había nombrado su tesorero, originaron con el transcurso de los años esa terrible plaga social que se llama comunismo. Miren cómo. Habíéndose difundido el cristianismo merced á la lógica de San Pablo, á la elocuencia de Pedro y al entusiasmo tribunicio de los demás apóstoles, la parte menos pensadora y más ingenua de la humanidad, tomando al pie de la letra la frase, el aforismo de Jesús (esta es la palabra), empezó á repartir sus bienes con una prodigalidad pasmosa. La cosa es clara; con el tiempo unos pocos adquirieron todas las tierras y el dinero circulante (porque el dinero siempre circula), y el resto, que se componía de la mayor parte de la humanidad, se quedó mirando á la luna, sin riquezas y con apetito, se entiende. Cuando la experiencia, obrando como fuerza de gravedad, les hizo caer la venda que cubría sus ojos, pidieron á los poderosos de la tierra sus pérdidas fortunas, reforzando el pedido con extensas disertaciones tendientes á demostrar su legitimidad y virtud. Pero como éstos no estaban dispuestos á hacer donaciones ni á ceder la más mínima parte de lo que á fuerza de suspicacia habían adquirido, acudieron al supremo argumento de las bombas y de la dinamita.

Al llegar aquí, las sonrisas que pugnaban en todos los labios por adquirir formas más tangibles, convirtiéronse bruscamente en una salva de carcajadas estruendosas.

El sagaz historiador no se inmutó, sin embargo, por aquella hiriente manifestación de sus irrespetuosos discípulos. ¡P! estaba tan acostumbrado á las burlas! . . . Por el contrario, fijó sobre ellos una mirada que tenía mucho de compasiva, y después, con voz natural y además apropiado: — me había olvidado, les dijo, de presentar las pruebas en que se funda mi tesis. — ¡Que vengan las pruebas! ¡que vengan las pruebas! — contestaron los muchachos, á quienes realmente divertía aquella inespereada lección de historia. — Las constituyen cinco hechos, todos incontestables, continuó el orador; y son los siguientes. Primero: todos los socialistas son pobres. Segundo: todos ellos son anti clericales, y sabido es que el clero se abroga la representación de Jesús aquí en la tierra. No olviden, para darles sabia interpretación á estos hechos, que los pobres, descontentos con su suerte, no pueden ser amigos del que consideran como autor de su desgracia.

Tercero: los hombres más ricos, los que suenan como millonarios, pertenecen á aquella raza que crucificó al Mesías, y que, por tanto, no siguió ni poco ni mucho sus

doctrinas. Ejemplo: Rothschild, Hirscht Naiteld. Cuarto: Los socialistas no piden la igual repartición de la riqueza á título de limosna, sino en uso de un derecho indiscutible. Quinto: Los pobres de hoy son los que, ricos ayer, compraron á precio de oro el reino de los cielos. He aquí por qué los sacerdotes repiten continuamente desde el púlpito: que es de los pobres (vale decir, de los socialistas) el reino de los cielos! El círculo de oyentes que encerraba al disertante se había agrandado. Su simplicidad era harta conocida entre los estudiantes, que no pocas veces la explotaban en busca de vivificantes ratos de solaz.

— ¡«Crema filodérmica!» le llama uno; — «batata dulce» repetía otro; mientras alguno más atrevido, pasando disimuladamente la mano por entre los espacios claros que dejaban los cuerpos de los compañeros, le daba recios tirones del saco. — ¡No sean así! déjenlo que continúe! exclamaba un solapado estudiante con hipécrita conmiseración, haciendo esfuerzos violentos por mantenerse serio. — Sí, que nos explique algo de Grecia! dijeron unos cuantos que se habían convenido de antemano para darle duración á aquel sainete. Desagraviado Leiva, que así se llamaba el blanco de las punzantes chanzonetas, se dispuso á proseguir. — Grecia. . . (en ese momento la voz fuerte del bedel se oyó del salón, anunciando que le había llegado el turno de disertar desde la silla de los examinandos). — ¡Va á dar examen Leiva! — ¡Va á dar examen Leiva! — se decían los muchachos con cara de pasucas, mientras éste entraba al salón seguido por una avalancha de ellos, que se proponía buenamente pasar un rato agradable á costa del novel historiador.

Se sentó en la silla con natural desembarazo, no sin antes pasarse la mano por la frente, desalojando de ella dos rebeldes guedjas de cabello rubio que le incomodaban.

Escupió después, pasándose por los labios delicadamente su pañuelito blanco, que conservaba todavía las líneas rectas y salientes de la plancha; y, con la pierna cruzada y el cuerpo abandonado sobre el respaldo del asiento, miró un momento dar vuelta al globo de obscura caoba que contenía las bolillas de disertación.

— Bolilla 22; el Renacimiento, — dijo el presidente, tomando aquella de manos del bedel y alcanzándole amablemente el programa. Al oír aquella palabra Leiva arrugó la frente como tratando de recordar; pero nada: no se le ocurría qué podía ser aquello de Renacimiento. . . Leyó el programa primero una vez, y después otra; pero todo era inútil: las preguntas allí contenidas no lo iluminaban lo más mínimo. — El Renacimiento. . . el Renacimiento es nacer mas de una vez; volver á nacer. . . ahí! Cristo nació una vez, pero los judíos esperan su resurrección! ¿No es así?

— ¡Debe ser esto! ¡no hay duda! se dijo mentalmente, y, levantando orgullosamente la cabeza hasta entonces inclinada sobre el programa, empezó el Renacimiento. . . pero se detuvo: no podía ser aquello; el programa contenía veinte y tantas preguntas, y ninguna tenía atíngencia con aquella

súbita revelación de su conciencia ¡Maldita memoria!; y miraba al suelo, al pizarrón, á los examinadores, con ceño unas veces, sin expresión muscular otras. Cuando fijaba la vista en estos últimos sus facciones adquirían un marcado tinte de imbecilidad.

—¿Desea V. otra bolilla? díjole uno de los examinadores, comprendiendo sus apuros.—Sí señor, contestó Leiva. Volvió el globo á girar sobre su eje... Treinta y cinco! exclamó el bedel, depositando sobre la mesa la pequeña bolilla de marfil. Leiva buscó en el programa las preguntas que á aquella correspondían, encontrando al principio del párrafo y con gruesas letras estas palabras: *La Reforma*.—¡Malo! todo empieza con *re: renacimiento, reforma*. Ahora sólo me falta la *reprobación* para completar la serie. Se acordó al instante que ése era el nombre de la sastrería donde le confeccionaban sus jaquets, y más tarde, á consecuencia de gigantescos esfuerzos, recordó también que con esa palabra Drioux comenzaba un capítulo. Vía toda la página con su tamaño natural, surcada por líneas negras que descomponía en letras de distintas dimensiones; pero sus esfuerzos resultaban inútiles al querer descifrar lo que ellas decían. ¡Ni una palabra! ¡Ni una sílaba!... Y también, ¿quién iba á perder tiempo en leer eso?... Él estaba por el progreso, por el progreso; pero no por las reformas. ¡Qué *jorobar* con las reformas! Reforman un día los programas universitarios, y ¡zas! les dan tal extensión á las materias que ya es imposible dar examen sin exponerse á un *bombo*.

Reforman en otra ocasión el reglamento, y establecen en él que no se puede concluir el bachillerato en menos de seis años, cuando antes sólo se requerían cuatro. Y después, ¡se iba á poner á leer alguna nueva reforma propuesta por Drioux!... El silencio duraba ya siete minutos; algunos estudiantes reían, otros más generosos empezaban á sentir compasión. Uno de los examinadores, previamente autorizado por el presidente, le dijo entonces con voz suave, como para infundirle ánimo: ¿quiere V. hablarme algo del imperio romano? Era el fuerte de Leiva. Por eso, adoptando al momento aquel aire de suficiencia que sólo en contadas circunstancias le abandonaba, acomodándose en la silla, y componiéndose el pecho, comenzó:—Sobre las ruinas de Grecia nació Roma; sobre unas ruinas estaba también aquel célebre general que preguntado por un caminante,—tal vez por algún mercader de aquellos que en las viejas edades cruzaban, montados en el lomo de sus camellos, los desiertos caminos,—qué respuesta le había de dar á su familia interesada por su salud, le contestó tristemente:

—Díje que has visto á Mario sentado sobre las ruinas de Cartago!—Roma fué fundada por Rómulo, hermano mayor de Remo, y ambos fueron amamantados por una loba de los bosques sombríos. Rómulo adquirió con la leche los instintos de su salvaje nodriza, pues no otra cosa es posible suponer al saber que en un momento de envidia, despertada en su espíritu por la agilidad de Remo, que de un salto vigoroso logró salvar las murallas de Roma,—le dió la muerte despiadadamente. En los anales de Roma

es célebre también aquel Bruto que arrancó del cuerpo de Lucrecia el puñal, con sangre todavía humeante, para enterrarlo en el corazón de uno de sus hijos, que había cometido el delito de desobedecer sus mandatos.

Otro Bruto, hijo de éste, por no desmentir la ley de herencia, le dió á César, no se sabe con exactitud, si 23 ó 24 puñaladas, y refieren los cronistas que, reconociendo César á su herido, le dijo con voz agonizante, pero que dejaba traslucir su intensa ira:—Tú también, Bruto, me hieres así tan brutalmente?—Pues que el peso de esta traición aplaste para siempre la raza abominable de los Brutos!

Y la maldición parece haberse cumplido, pues desde entonces en la historia ningún Bruto se ha distinguido...—Tiene razón, dijo el examinador haciendo sonar la campanilla.

Media hora después, en los pasillos y corredores del claustro universitario, se refería con grandes risotadas el examen de Leiva, mientras éste, camino de su casa, iba sumido en coléricas reflexiones.—Mire V.; malo por unanimidad... Si se habrá cometido mayor injusticia en esta Universidad, donde no se me comprende, pero se me detesta tanto... Pero es que, como yo digo, aquí no se vislumbra la verdadera utilidad de la historia: no señor; hechos, hechos y hechos...; ¡y al fin y al cabo, estuve acaso tan mal en ellos?

Verdad es que aquello de César era inventado; pero, como quiera que sea, dí una prueba de despejo al relacionar el silencio de la historia respecto á los Brutos, con las últimas palabras de un hombre de talento.

JOSÉ IRURETA GOYENA.

LUCHA

Á Otto Miguel Cione.

Era llegada la hora de la animación. Hasta los timoratos, esos que se estacionan en las puertas, escondidos entre los pliegues de las cortinas, no queriendo ser los primeros en iniciar la fiesta por carecer de la suficiente práctica para ello ó por el íntimo convencimiento de su poco valer, bailaban ó habían salido de su escondite, confundiendo con los danzantes.

El baile presentaba un aspecto deslumbrador. La mancha negra de los fracs contrastaba con los trajes de ellas, que simulaban copos de blanca, rosada y celeste espuma. Un vocerío confuso, donde se destacaba, llenándolo todo, ora la voz anfiada de la adolescente, ora la gutural y ampulosa de la que ha dejado de serlo, ora la fuerte é imperativa de los hombres, levantábase en el salón confundiendo con las armonías de la música y el ruido sordo de la alfombra al marcarse en ella los compases de los danzantes, prestando á la fiesta cierto carácter de algarada, de desenfreno inusitado que contagiaba y atraía, haciendo despojar

á los más serios del manto de su gravedad, cogidos, inconscientemente, por las embriagueces del placer. Y por sobre aquella animación, la luz rivalizaba en alegría, desprendiéndose á torrentes de las arañas de cristal, que se incendiaban en una explosión multicolor de fuego, para cabrillear aquí y allá, quebrándose en los espejos, reverberando en los dorados, haciendo resaltar el rojo de las alfombras y de las cenefas, infiltrándose en fin por todos lados, como una loquilla curiosa, como una risa argentina que revoloteara incesante por el salón.

Eduardo Rodríguez, cogido del brazo de su amigo Luis, abriéndose paso por entre aquella inmensa y elegante multitud que se agitaba con los compases de un boston de *Ramuntí*, penetró en el salón.

Un «notable» dicho con toda exaltación, donde se compendian todo el placer y todas las sensaciones que en aquel momento experimentara, se escapó de los labios de Rodríguez.

—De seguro, que esta noche sacudirás de tí ese escepticismo infundado que tienes acerca de las mujeres, y harás alguna conquista ¿verdad?, le dijo Luis á Eduardo.

—Veremos, le contestó éste.

Terminó el vals. Las parejas desfiliaban, rojos los rostros, conversando con voz entrecortada por la agitación. Eduardo y Luis apoyados en una riquísima consola, veíanlas pasar, admirando las formas esbeltas y esculturales de ellas, que ahora, con sus pasos majestuosos, se les presentaban con toda la magnificencia de su hermosura deslumbrante.

—Me siento dichoso, le dijo Rodríguez á Luis. Todas estas mujeres me marean, me entusiasman... Ya sabes que soy un esceptico del amor, pero también no ignoras que soy el hombre más sensible... Qué absurdo! dirás tú, sensible y esceptico?... He ahí el secreto... Mi corazón y mi cabeza están en una constante pugna... Es una lucha terrible, cruenta, la que ambos sostienen... Por un lado mi organismo, y por el otro mi pensamiento avasallando á éste, vencéndolo las más de las veces por la lógica del razonamiento.

—Tu filosofía es absurda.

—Lo que tú quieras. Pero es el caso que todo lo que yo afirmo, lo siento, lo llevo dentro de mí... Veo una mujer hermosa que me mira y, sin poderlo remediar, me siento atraído hacia ella; un enternecimiento tonto inunda mi corazón llenándolo de tristeza ó de una alegría anormal... Entonces que mi pensamiento da la voz de alerta, y la lucha entre éste y mi corazón se entabla de inmediato... ¡Mi filosofía! He ahí la causa de mi desgracia... Si yo me entregara de lleno á mi sensibilidad; si ésta venciera á la razón ¡cuán feliz sería!... He tratado infinitas veces no pensar, aceptando á la mujer tal cual es; pero vive en mi cerebro de tal moda la idea que acerca de ella me he formado que, inconscientemente, sin yo quererlo, en sacándola en tela de conversación me obliga á filosofar... y sin embargo, ¡cuántas hay que me agradan y á quienes no puedo amar de verdad por este abrumador descreimiento!...

De pronto su conversación fué interrumpida.

pida por la presencia de una mujercita adorable, una rubia monitísima, casi una niña, que pasó á su lado del brazo de un jovencito.

—¡Margarita! mi amor platónico!, exclamó, brillándole los ojos de entusiasmo.

—¿Te decidirás?

—Voy á invitarla á bailar.

Mas en aquel momento acertó á pasar una mujer encantadora, de una esbeltez y arrogancia que imponían, llevando por cabellera un casco de ébano que contrastaba con la blancura de su rostro, donde se engarzaban unos ojos negros y misteriosos.

—¡Cielos! mi dragona del teatro, volvió á exclamar. ¿Qué hago ahora, Luis?... De seguro que una de ellas me come!

Irresoluto, sin saber á punto fijo qué determinación tomar, caminaba de acá para allá, tratando de orientarse, de seguir la ruta que alguna idea salvadora le indicara.

Al pasar por frente al *toilette* que una señorita conocida suya, Rosa Miral, invocaba á la galantería para que le enviase á algún caballero que la sacara de su cautiverio y la condujese al salón. Ante el saludo amable que ella le dirigiera, y por otra parte seducido por su belleza, decidióse á ofrecerle el brazo.

En un principio la plática fué trivial como toda conversación que se inicia; mas al poco rato fué animándose por grados hasta el extremo de hacerse interesante. Y ahora se congratulaba Eduardo de la feliz casualidad que le reuniera á su hermosa conocida, pues, al revés de las otras mujeres á quien él había tratado, Rosa conversaba admirablemente, dando á la frase en la plática ligera, una donosura y *esprit* poco comunes; y empleando en el tema serio, ideas avanzadas, lógicos razonamientos, donde se transparentaba la sinceridad más pura y una ilustración pocas veces ostentada sin visos de pedantería por las mujeres.

Hablaban acerca del amor. Por rara excepción, Eduardo, que era un descreído y gran psicólogo en dicha materia, esta vez normalizando su conducta, aceptaba casi sin discusión, todas las afirmaciones de ella. Es que de los labios de su acompañante brotaban pensamientos que eran los suyos. Así como ella, razonaba él, discrepando sólo en uno que otro detalle. Sí, él también admitiría un amor así, como el que ella pintaba en aquel instante; un amor grande, exento de egoísmo, donde el corazón se entregase en el acorde completo con la voluntad, y no, como las más de las veces, en un momento de irreflexiva coquetería ó por el simple hecho de tener merido. ... Si él fuera amado por una mujer que pensara de ese modo; que tuviera por norma de conducta la verdad y elevara un templo al deber, entonces desaparecería de su cerebro ese descreimiento maleante que lo perturbaba, aquel amargo pesimismo que le mordía el alma, volviendo de nuevo á renacer en él aquella fe, aquel culto que á ellas prodigara cuando aun el análisis frío y los estudios no luchaban con su naturaleza. ... Pero encontrar una mujer así era tan difícil! ... ¿Acaso se encontraría una sola mujer que pensara de ese modo?... Nunca halló en ninguna ese modelo que él invocara en los momentos de

ansias amorosas. ... De ahí su escepticismo.

Después se fué apoderando de Eduardo un enternecimiento que lo conmovía: un desborde completo de sensibilidad. Su voz fué dulcificando por momentos y adquiriendo un tono melancólico. Narraba á Rosa sus anhelos de amor. Él deseaba encontrar una mujercita que lo adorara, que adivinase sus más pequeños deseos. ... En cambio, cuánto amor, cuántos sacrificios, cuánta constancia él le prodigaría en pago de esas caricias. ...

Rosa se sintió contagiada por aquel enternecimiento. Ella también pensaba que sería una felicidad inmensa vivir así en ese connubio de sentimientos, en esa fusión de corazones. ...

Ahora vagaban en pleno cielo romántico. Sus pensamientos perseguían quiméricos ensueños, deslumbrantes, llenos de poesía. Sus cuerpos se abandonaban, lánguidamente, el uno en el otro, restregándose, comprimiéndose inconscientemente. Su voz salía temblorosa, entrecortada. Ambos estaban pálidos, y en sus ojos extendiase una como soñolencia que velaba la brillantez que un momento antes los animara.

Luis que los observaba, dijo para sí: — esta vez es la vencida; no hay más que verlos para convencerse de ello: se han enamorado mutuamente. Y la misma reflexión de Luis se la hicieron todos al contemplarlos en aquel abandono delator.

El baile iba perdiendo aquella característica animación del principio; pero el amor, velando en cambio, desplegaba todas sus armas de combate, engendrando anhelos, indescritibles ansias, en los pechos de aquellos que, fascinados, perseguían la línea ideal, deslumbrante, que las flechas de oro por él lanzadas rayaba en el aire.

¿Por qué él no había de entregarse á esa vida de ensueños, á esa vida de amor y de caricias al igual de esos otros que ahí se encontraban, palpando su felicidad, todas las embriagueces, todos los deliquios de sus corazones? pensó Eduardo. ¿No eran ellos, acaso, más felices que él?... ¿A santo de qué ese eterno filosofar?... ¿Iba él por ventura con su filosofía á cambiar la faz del género humano?... El mundo era necesario aceptarlo tal cual es, con sus defectos, con sus grandezas. ... Y puesto que en él se vive, el verdadero filósofo, ¿quién será sino aquel que sabe amoldarse á todas sus imperfecciones, á todas sus bondades?... Es cierto, que si se pudiera encontrar esa mujer soñada, mucho mejor sería. ... Pero ... Pero imbécil de él, ¿no se encontraba acaso á su lado esa mujer?... Todas sus teorías de amor no eran iguales á las que ella un momento antes le expusiera? ...

La contempló un instante y, al verla tan bella, con sus hermosos ojos entornados, con su adorable cabeza lánguidamente inclinada, sintió desbordarse su sensibilidad, aquella rica sensibilidad—verdadera harpa eólica que vibraba al menor impulso de una impresión; y calculó entonces cuán feliz sería si su encantadora compañera llegase á amarle. ... ¿Por qué no habría de quererlo?... ¿No pensaba acaso como él? ...

Recordó entonces que Rosa habíase enternecido cuando él la bosquejaba esos pa-

raílos deliciosos donde los corazones estrechábanse en la fusión ardiente del amor. ... Y al advertir que ella mirábalo amorosamente, influido por esa mirada y por el perfume delicado que se desprendía de toda ella como un efluviio natural de su persona, sintiéndose enamorado, y no teniendo más fuerza para luchar, con voz balbuciente y sumisa la dijo:

—Tengo que decirle una cosa. ...

Ella lo miró sorprendida, llena de turbación, adivinando con su instinto de mujer lo que iba á decirle.

—Sí, Rosa, tengo que decirle una cosa. ... sabe?... Es V. tan bella, tan buena que. ...

Se puso intensamente pálido, no atreviéndose á continuar, temeroso de ser rechazado; mas al rato se rehizo y, lleno de resolución, comprendiendo que ya le era imposible guardar silencio, acercóse á ella y, en su oído, deslizó un «Yo la adoro!» lleno de ternura. ...

—De veras, ¿V. me quiere? le preguntó ella con voz emocionada, inundado su rostro de tristeza.

—Sí, siento que la amo; no creo que mi corazón me engañe, le contestó él.

Rosa se quedó pensativa, con la cabeza gacha, sin atreverse á mirarlo, indecisa del partido que habría de tomar.

Al cabo de un rato, Eduardo, que observaba anheloso los cambiantes que sucedíanse en el rostro de ella, tratando de traducir las sensaciones que en él se dibujaban, sintiéndose desfallecer por aquel silencio que le hacía presagiar un sin fin de desengaños, lleno de angustia la dijo:

—¿No me contesta V. nada? Necesito que V. me desengañe de una vez ó me dé alguna esperanza. Su silencio llename de incertidumbre y no sé por qué presiento para mí alguna infelicidad. ... Hableme con franqueza, yo se lo ruego. ...

—¿No se enojará V?... Es que. ... No me atrevo. ... Es un secreto. ... Jamás se lo he confiado á nadie. ... Tengo vergüenza de comunicárselo á V. ... Mañana podrá V. reírse de mí. ... Después. ... es un caso tan raro que la mujer haga á un hombre semejante confesión. ... Pero es V. tan bueno y, por otra parte, hace tanto tiempo que deseaba encontrar un corazón amigo y noble para derramar en él todas mis penas que. ... Oh! no se enojará V. ¿verdad?... No?... Pues bien, yo amo á otro! ...

Eduardo sintió que un estremecimiento recorría todo el cuerpo, helándole la sangre. Quiso hablar y su voz espiró en la garganta como un estertor.

—Sí, yo amo á otro, prosiguió ella. Hace tiempo que lo quiero pero él no me ama. ... Cuando V. me hablaba, hacíame la ilusión de que era á él á quien yo oía. ... Yo me dejé hacer por sus ensueños de oro. ... Vd. me ha hecho entrever en un momento todas las delicias, todas las dulzuras del amor. ... De hoy en adelante seré infeliz porque he vislumbrado un instante la felicidad, porque he probado sus embriagueces. ... embriagueces que no volveré á experimentar. ... ¿Qué quiere Vd! ... He sido una niña, lo confieso. ... Debo sustraerme á esos halagos, á esos sueños engañosos que contrastan

con mi triste despertar... Me honra mucho su declaración... Sólo yo sé el dolor que me causa dar á Vd. mi negativa... ¿Pero qué he de hacer si amo á otro?... Hasta se parece Vd. á él... Yo tenía que desahogar mi alma, esta pobre alma enferma por el dolor!...

Su voz se fué apagando, debilitándose por la emoción; sus ojos estaban velados por la tristeza y esforzabanse por contener las lágrimas que en ellos asomaban. Después se sonrió un poco y, tratando de dar á la frase cierto carácter de broma que estaba muy lejos de sentir, le dijo á Eduardo:

—Me van á ver así, con esta cara de tonta y la gente se va á reír de mí... Yo me voy... Vd. no se enojará ¿verdad? Yo seré siempre su amiga... algún día, quizá...

Pr. nunció estas últimas palabras cariñosamente y llena de emoción; y, desprendiéndose del brazo de Rodríguez penetró en el *toilette*.

—Bahl! al fin, mujer!... Ese (algún día, quizá) qué bien las retrataba!... Y eso que Rosa es una de las mejores de cuantas conoces... Se ha servido de tí como de un instrumento de su amor—le dijo la realidad sacándole del ensimismamiento en que se había sumido.

Entonces advirtió que estaba solo, en medio de aquella tristeza, de aquel desaliento que ahora parecía vagar por el salón. Hasta las luces le parecieron que desmayaban soñolientas, llenas de cansancio...

Decidió irse. Al descender la escalera vió á Luis que también la bajaba acompañado de Margarita, aquella rubia monitísima á quien Eduardo llamara su amor platónico; y oyó que ella, muy quedo, decía á su amigo:

—Entonces nos veremos mañana en la misa de diez ¿eh?

—Sí, queridita mía, sí, le contestó él, ya sabe Vd. que la quiero...

El también: Luis, su amigo, le traicionaba!... Oh! la amistad; confíe Vd. en la amistad... Pero no, pensó Eduardo, ¿qué culpa cometa su amigo en adorar á aquella niña? ¿acaso nadie pudo siquiera sospechar al verlo á él y á Rosa entregados en sus ensueños que no se amaban?... Va Luis acaso, á ser adivino?... sería un egoísmo imperdonable por parte suya si llegase á ofenderse por tal acción... De todos modos á él, en adelante, con lo que pasara, le hubiera sido de todo punto imposible seguir cortejando á Margarita... ¡La había tratado tan bien!... Ni siquiera, en las varias veces que ésta pasó á su lado, dignose mirarla... ¡encontrábase á tanta distancia de ella al lado de Rosa!...

El recuerdo de ésta volvió á enternecerlo. Oh! esa sí que era una mujer de corazón, con todo de que tenía, como las más, sus defectillos!... Era la única de todas cuantas él tratara que no disintiera en sus pareceres... Y esa primer mujer á quien él estaba dispuesto á aceptar, por considerarla una excepción entre las otras, quería á otro!... Sí, aquello era una verdadera desgracia... Se hubieran tan bien penetrado los dos!...

Su sensibilidad íbase de nuevo posesionando de él; el recuerdo de las horas pasa-

das acudían á su mente reconstruyendo la escena de que él fuera protagonista en el baile. Se dió cuenta de ello é hizo un esfuerzo por ahuyentar de sí esa sensibilidad que lo invadía; y, consiguiéndolo, otro orden de ideas se posesionó de su cerebro, primando otra vez su escepticismo.

De todos modos, pensó, por buena y razonable que fuera Rosa, estaría como cualquier otra sujeta á los imperfecciones y debilidades humanas. No, no volvería á caer de nuevo en semejante debilidad, impropia de su modo de pensar. Habíale confesado su amor porque en aquel momento no razonó lo suficiente... Quizá la hubiera hecho infeliz... Mañana, al ver á otra, es muy posible que se enamorara de ella también... Es que no era muy aventurado el pensar que eso llegase á suceder... Estaba fatalmente obligado, por naturaleza, á recibir impresiones nuevas á cada paso... Sí, era preferible vivir así, semi-enamorado, de una especie de sonambulismo de la realidad, como un desahogo necesario del corazón, pero sin ir más allá, sin arribar á enamorarse seriamente...

De pronto, cayó en la cuenta que, sin ser guiado por su voluntad, iba en dirección de su casa, impulsado por la costumbre. Y al notar ese detalle que lo despistara del razonamiento á que se hallaba entregado, sintiéndose con apetito, se dirigió al hotel, en tanto que, inconscientemente levantábase en su memoria la imagen de aquella mujer encantadora que llevaba por cabellera un casco de ébano!...

FRANCISCO COSTA.

La teoría del verbo

(Conclusión.)

La historia de los idiomas y la gramática comparativa oponen también á esta doctrina serias objeciones.

La historia de los idiomas, porque el verbo *ser* aparece como de formación posterior á muchos otros y no se observa en los primitivos ni en el lenguaje de los niños, lo cual está de acuerdo con la teoría evolucionista, según la cual lo concreto ha precedido siempre á lo abstracto. Á cada paso vemos que muchos niños aplican el adjetivo al sustantivo sin emplear el verbo, ó usan el infinitivo en vez del modo correspondiente, como lo hacen los extranjeros, y oímos á aquellos frases como *El perro malo*, *el CHICHE lindo*, y á éstos otras como *Yo venir á América*, *Juan cantar muy bien*, lo que revela una inclinación natural á prescindir del verbo para expresar la afirmación, como quiera que el infinitivo debe ser considerado como nombre⁽¹⁾. Muchos salvajes carecen de verbos, como de toda idea abstracta superior

que requiera abstracciones previas. La mayor parte de ellos no tiene palabras para expresar estas ideas. Los individuos que hablan la lengua galibis dicen, en vez de *yo estoy enfermo*, *yo enfermo*, lo cual en castellano significa dos cosas diferentes, *pienso enfermar* es, además de neutro, activo. La lengua alg-nquina, que es una de las más ricas de la América del Norte, no contiene el verbo *amar*; y cuando en 1661 Elliot tradujo la Biblia al algonquin, se vió obligado á crear una palabra para llenar ese vacío⁽²⁾.

Las lenguas actuales, en alto grado analíticas, han tenido en sus comienzos muchos puntos de analogía con el lenguaje de los niños y los idiomas de los pueblos salvajes; y la gramática comparativa nos enseña que, lejos de haber ido confundiendo la humanidad el verbo y el atributo, como lo exige la doctrina, con bastante frecuencia ha efectuado lo contrario. Si nosotros decimos *estar* y *ser*, como los latinos *stare* y *sedere*, decimos al mismo tiempo *estar de pie* y *estar sentado*.

Si el verbo *ser* es el único que existe en la lengua, expresa la idea de la existencia, ó la idea de la relación, ó ambas cosas juntamente?

Lo primero sólo es imposible. En efecto, si denota la existencia, no expresa el pensamiento en las ocasiones en que manifestamos un estado de nuestro espíritu. Cuando digo: *Me encuentro enfermo*, no tengo para nada en cuenta el hecho de mi existencia.

Y es que hay en realidad dos clases de verbos: el sustantivo y el adjetivo. *El mundo es*: he aquí el primer caso; afirmo que el mundo existe. *El mundo es redondo*: he aquí el segundo, en que no afirmo la existencia del mundo, y prescindo de ella, y me fijo en una de sus cualidades. El sentido del verbo en uno y en otro caso es evidentemente diverso.

Las frases *yo pienso*, *yo quiero* son simples é indescomponibles, y cuando las emito no me propongo decir *yo existo pensando*, *yo existo queriendo*, por mucho que en contrario se alegue.

«La antigua división tripartita de la proposición en sujeto, cópula y predicado se funda en una abstracción que no produce resultado alguno práctico. Con igual razón que descomponemos el significado de *amo* en *soy amante* y el de *leo* en *soy leyente*, pudiéramos descomponer el significado de *hombre* en *ente humano*, y el de *cuerpo* en *ente corpóreo*. ¿Y qué deduciríamos de esta segunda descomposición para el recto uso de las palabras *hombre* y *cuerpo*? Nada absolutamente: lo mismo que de la primera para el recto uso de las palabras *amo* y *leo*: abstracciones estériles, que en vez de analizar el lenguaje lo complican.»⁽³⁾

Si el verbo *ser* no expresa más que la idea de la relación; preguntamos: ¿dónde está el verbo que sirve para denotar la existencia? Porque, lo repetimos, los que dicen

(1) Es antigua la doctrina que considera al infinitivo como nombre. Prisciano, profesor público en la corte de Jusiano, dijo: *cum nominibus habet verbum infinitum; dico cum bonum est legere, ut si dicam bona est lectio*; palabras que el ilustre filósofo de Viena, y almas, reprodujo del siguiente modo: «el infinitivo es un nombre indeclinable... y tiene siempre la forma sustantiva, sea cualquiera su significado.» Otro autor, comparando dos fra-

ses del griego y gótico, confirma así esta doctrina: «En una y otra lengua considero al infinitivo como sujeto, y por lo tanto como un nominativo.»

(2) Mandesley, *Fisiología del espíritu*, pág. 241.

(3) Andrés Bello, *Obras completas*, tomo V, pág. 239, *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*.

que, cuando se asegura que un atributo conviene a un sujeto, se afirma el hecho de la existencia de éste, no saben lo que se dicen.

Por último, si el verbo citado expresa la existencia y la relación, entonces hay dos clases de verbos. Y si tenemos dos, ¿quién puede asegurar que no es mayor su número?

Concluyamos con Bescherelle, Ozaneaux, Lemare, Bescher, etc., que cada verbo es realmente y de una manera indivisible la expresión de un pensamiento indivisible; que no hay intermediario alguno entre el sujeto y su manera de ser, su situación, su acción, y que cuando decimos: *yo pienso*, queremos decir que pensamos, no que *somos pensantes* ni que *existimos pensantes*.

Suard critica la doctrina de Condillac y la combate con argumentos incontrovertibles.

Se ha creído descubrir, dice, el origen de las conjugaciones en algunas inflexiones de los verbos griegos. Se ha dicho que los griegos no hicieron más que añadir al monosílabo que expresa una acción ó un sentimiento los tiempos del verbo *éō*. Así, las palabras *philō, philēis y philēi*, que significan en griego *yo amo, tú amas, él ama*, no serían más que la voz *phil*, que expresa el amor, junta á las palabras *éō, eis, ei*, que significan *yo soy, tú eres, él es*. Se ha querido simplemente decir: *yo soy amante, tú eres amante, él es amante*.

He aquí algunas objeciones:

1.º Los griegos dicen *eu* para expresar *yo era*, mas no *philēon*, sino *ephilēon*, para expresar *yo amaba*. Luego las inflexiones del verbo *éō*, que se observan en el presente de indicativo, no se ven en todos los otros tiempos.

2.º Si los tiempos del verbo *éō* han servido para conjugar los demás, dicho verbo se conjugó antes que ningún otro. Y esta aserción es falsa de toda falsedad. Si, como no es cierto, fuese verdad que las inflexiones del verbo *éō* se notasen en todos los tiempos, esto probaría sólo las regularidades de la conjugación griega, y no otra cosa.

3.º Si se reflexiona que el verbo *ser*, que expresa una idea muy abstracta que supone otras ideas abstractas y una lengua bastante avanzada, ha tenido que ser uno de los últimos inventados, se encontrará poco probable que sus modificaciones hayan podido servir para formar las de otros verbos. (1)

Pero si la teoría de Condillac se presta á las objeciones apuntadas, no por eso es susceptible de una que ha solido hacersele.

Nos referimos á aquella según la cual el verbo no implica siempre afirmación, porque hay juicios negativos y verbos que no la expresan, como los de duda, negación, etc.

Así Eduardo de Faría, en su *Novo Dicionário da Língua Portuguesa*: «Algunos gramáticos dicen que el verbo es la parte de la oración con que afirmamos; lo cual es manifestamente inexacto, porque muchos expresan duda, otros negativa.»

Esta observación del distinguido autor brasileño es errónea.

Efectivamente, en los juicios negativos

afirmamos. «El amar no es un delito.» ¿No es cierto que el verbo *es* afirma en este caso? Si no empleáramos el adverbio de negación, denotaríamos que es un delito el amar; agregando la negación al verbo, no por ello dejamos de afirmar: lo que hacemos es manifestar un pensamiento contrario.

Lo mismo sucede con los verbos que indican negación ó duda. *Negar*, en efecto, no es sino *afirmar* que una cosa no existe ó no conviene á otra.

La opinión contraria no descansa en fundamento sólido alguno.

7. La Academia española define el verbo como «una parte de la oración que designa esencia, existencia, acción, pasión ó estado, casi siempre con expresión de tiempo y de persona.» Salva: «la parte de la oración que expresa los movimientos ó acciones de los seres, la impresión que éstos nos causan en nuestros sentidos y algunas veces el estado de los mismos seres ó la relación abstracta entre dos ideas.» Y Salazar: «una parte de la oración que significa la existencia, esencia, acción, estado, designio, pasión de las cosas (entidad).»

Estas diferentes definiciones son, en nuestra opinión, más que definiciones, enumeraciones de las varias clases de verbos que existen. Carecen del carácter de tales, porque no nos dicen qué es lo que tiene el verbo de común con las demás partes de la oración, ni cuál el signo que lo distingue de ellas.

Aparte de esto, nótese que, á ser exacta la definición de la Academia, tendríamos que *esencia, existencia, acción, pasión*, etc., serían verbos, y de los más calificadas de la lengua, y que el tiempo, que es de la esencia del verbo, sólo sería un accidente, como de un verbo expreso lo reconoce la misma docta corporación.

Y el tiempo no es un accidente del verbo. ¿Qué deseamos expresar cuando decimos que el verbo *ser* sirve para denotar las cualidades *esenciales*, y el verbo *estar* las *accidentales*? Sencillamente que las cualidades expresadas por aquél tienen un carácter de fijeza de que carecen las de éste; que el verbo *estar* designa cualidades pasajeras. Ahora bien, si á esto llamamos *accidente*, ¿no es claro como la luz meridiana que el tiempo, cualidad *sine qua non* en el verbo, no puede ser accidental en él, sino de su esencia?

La prueba de que el tiempo es de la esencia de esta parte de la oración, es que tan pronto como deja de expresarse tiempo, deja de ser verbo. Los gramáticos lo reconocen así, y dicen que esto pasa en virtud de la figura análoga. En estos ejemplos: *el estudiar, el comer, el saber, es hombre de saber, á saber eso yo*, etc., las palabras *estudiar, comer y saber* no son verbos, y no lo son precisamente porque los hemos despojado de su función habitual.

Según la definición de Salvá, las palabras *movimiento y susurro*, en las frases *el movimiento de la luna y el susurro de las hojas*, serían verbos; cosa tan fuera de su profesión, que diría Cervantes.

Crítica semejante cabe á la de Salazar.

8. Bello y, con pequeña diferencia, Rey Heredia definen el verbo diciendo que es «la palabra que significa el atributo de la

proposición, indicando juntamente el número y persona del sujeto y el tiempo y modo del mismo atributo;» y Salleras, «que es un signo conexivo variable que sirve para expresar la afirmación que pronuncia nuestra mente en vista de la relación que descubrió entre el sujeto y el atributo.»

Estas teorías, si no coinciden en todos sus puntos entre sí y con la del verbo único, se prestan á las mismas objeciones que ella.

Y, entre paréntesis, ¿cuántos *ques* en la última definición copiada!

9. Llegamos á la doctrina de Balmes, última en el orden que nos hemos trazado, y la única que conceptuamos verdadera.

Partiendo de la idea de que el carácter esencial y distintivo debe ser una propiedad que convenga á todos los verbos, y sólo á ellos, porque si no conviene á todos no será esencial, y si conviene á palabras que no sean verbos no será distintivo, el filósofo catalán llega á la conclusión de que este carácter constitutivo y distintivo es la expresión del ser ó de un modo del ser, bajo la modificación variable del tiempo.

El objeto del verbo según esta teoría se deduce del análisis del lenguaje. Veamos cómo.

«Julio mira al campo. Suprimamos el verbo, y sustituyamos el sustantivo; resultará: *mirada de Julio al campo*. Se entiende perfectamente que la mirada al campo se aplica á Julio; ¿pero cómo? ¿Se quiere decir que mira, miró ó mirará? He aquí un vacío que nos resulta de la falta del verbo. ¿Cómo suplirlo? Ó expresando el tiempo diciendo: *mirada de Julio en tiempo pasado al campo*, ó bien atendiendo á las circunstancias que pueden aclararnos lo que el verbo nos diría por sí solo. *Julio salió de su casa, miró al campo, vió á su padre y corrió á abrazarle*. Sustituyendo á los verbos nombres sustantivos, tendremos: *salida de Julio de su casa, mirada al campo, vista de su padre, y corrida al abrazo de éste*. Aquí las circunstancias del contexto determinan que el sustantivo *mirada* se refiere al tiempo pasado, como y también los demás; sin embargo, todavía nos queda alguna duda, pues que en vez de ser narración de los sucesos, pudiera ser su anuncio. El determinar el tiempo por el contexto es una ficción: el hebreo no tiene sino dos: pasado y futuro simples, y sin embargo no deja de expresar el presente y las modificaciones de los pasado y futuro. Aun en nuestra lengua todas las modificaciones se expresan por el verbo simple; y es necesario emplear el auxiliar, como en *he leído, he leído*.» (1)

El objeto del verbo, según que se deduce de lo transcrito, es en esta doctrina, no sólo expresar la idea bajo la modificación del tiempo, sino también evitar las repeticiones y rodeos engorrosos de que hemos hablado. Si hay casos, como hemos visto, en que existe afirmación sin verbo, en general puede afirmarse la necesidad de su empleo, no sólo con los objetos indicados, sino con el de perfeccionar el lenguaje, que sin él carecería de movimiento y vida. Al decir *amo* expreso la idea del amor, y á la vez indico ser en el tiempo presente y ser yo

(1) *Mélanges de littérature*, tomo II.

(1) Balmes, *Filosofía elemental*, pág. 202.

el sujeto. Esto nos patentiza la claridad y rapidez que da á la lengua la palabra de que venimos tratando.

El verbo expresa asimismo el número, la persona, la voz y el modo.

Pero el número lo indican como él los nombres, la persona la expresan los pronombres, la voz los nombres de acción y pasión, y el modo se puede obtener con verbos y otras palabras.

El tiempo también le es común con otras partes de la oración, y así lo hemos reconocido más arriba. No es característico del verbo el manifestar el tiempo, pues hay nombres y adverbios que lo expresan. Pero indicar la modificación de una idea mediante el tiempo: he ahí lo que lo distingue entre las demás partes oracionales del discurso.

Lo que acabamos de decir nos demuestra por qué es falsa la primera doctrina que examinábamos, de Aristóteles, y en qué sentido puede esto aseverarse.

Concluamos, pues, diciendo que el verbo es una *forma gramatical que expresa una idea bajo la modificación variable del tiempo*.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Introducción al Derecho Internacional

Conferencia leída en el aula de Derecho Internacional Público de la Universidad de la República

I

Considero imposible estudiar una cuestión jurídica de cierta importancia, sin adoptar previamente un criterio definido, en cuanto al origen y fundamento del derecho;—y esa exigencia del método, es mucho más imperiosa tratándose de un punto cualquiera de Derecho Internacional, no sólo por la costumbre seguida por la inmensa mayoría de internacionalistas, que equiparan el desarrollo del derecho entre los Estados, á su desarrollo entre los individuos, sino también por que las eternas controversias acerca de la existencia del Derecho Internacional positivo y del Derecho natural Internacional, así como sobre la relación existente entre ambas ramas de la ciencia jurídica, llevan forzosamente al terreno de la filosofía del derecho.

Para realizar ese estudio no creo necesario discutir previamente el origen del estado de sociedad. De las cuatro teorías que, para explicarlo, han sido formuladas, tres consideran el estado social como un hecho fatal, independiente en un todo de la voluntad humana, y sólo una atribuye á ésta una influencia decisiva, considerando á la sociedad como el producto de la voluntad de los hombres. Y como para el derecho internacional el origen del estado de sociedad, sólo bajo este aspecto presenta algún interés, comprobada la inexactitud de la doctrina del contrato, estaré dispensado de estudiar las demás.

Esa doctrina no es nueva: la vemos apare-

cer con caracteres bien definidos en el siglo XVI cuando Hubert Languet buscaba en ella el fundamento del concepto más liberal de la soberanía del pueblo. Hobbes y Locke la reproducen con miras y tendencias radicalmente antagónicas, en el siglo XVII. Por último, á mediados del siglo XVIII, Rousseau le da su forma definitiva, dejándola apta para ser elemento destructor de la sociedad corrompida y decrepita del antiguo régimen.

Fácilmente puede ser probada la falsedad de la teoría del contrato social. Puede asegurarse, en general, que es absurdo sentar una hipótesis sobre un hecho histórico sin obtener previamente la certidumbre de que tal hecho histórico ha tenido lugar; y el acontecimiento que sirve de base á la teoría que discuto, la convención por medio de la cual abdicaron los hombres su libertad natural para obtener las ventajas del estado de sociedad, no ha recibido ni recibirá jamás comprobación. Por otra parte, la sociedad debió existir antes de la realización del contrato social, pues no es posible suponer sensatamente que los hombres trataran de conseguir un fin absolutamente desconocido.

Y el rechazo de la teoría del contrato social se impone todavía con más fuerza, cuando la reflexión y el estudio ponen de manifiesto las consecuencias que le son propias. En primer lugar, si la sociedad es un hecho voluntario, la voluntad que lo ha producido puede ponerle fin; y además, Rousseau sanciona con su tesis todas las pretensiones funestas del socialismo, sacrificando la libertad del individuo á la omnipotencia de la sociedad. Bandera de combate contra un régimen abominable, la teoría del contrato social ha encontrado en el tribunal de la historia gran indulgencia, pero la misma historia tiene un valor inapreciable para hacernos comprender los peligros de una doctrina que tanta sangre derramó sobre la Francia en los tristes días de 1793.

Rechazada por estos fundamentos la idea de un contrato, para explicar el origen del estado de sociedad, es forzoso considerar á ésta como un hecho fatal al que los hombres no pueden sustraerse. Y una vez sentado esto nos encontramos habilitados para investigar en las sociedades humanas el origen y desarrollo del derecho.

Si el hombre tiene un fin noble y elevado en su vida, como sostiene con acierto la escuela espiritualista, para alcanzar ese fin, para la consecución de su finalidad, según la terminología de los filósofos, debe gozar de ciertas prerrogativas, de ciertos derechos llamados naturales, sobre cuya existencia se expresan con desprecio muchos escritores de nuestra época, pero que son reconocidos, con razón según creo, por los espiritualistas, y por Herbert Spencer, el gran cismático de la escuela positiva. Pero en el uso de esas prerrogativas, en el desenvolvimiento de su actividad, cada hombre tiene que encontrar obstáculos en los demás. El ideal sería marcar á cada individuo una órbita invariable fuera del alcance de los otros, y en ese ideal supremo de armonía reside precisamente el derecho natural.

Pero el derecho natural no basta para gobernar las sociedades. Hablando con más exactitud se puede decir que, dadas las condiciones de la naturaleza humana, es impotente para dirigir las acciones de los hombres. Esa armonía ideal entre la libre actividad de todos los individuos no ha sido realizada. Cegados por apetitos violentos, movidos por necesidades que reclaman pronta y eficaz satisfacción, ignorando el alcance, la importancia y muchas veces, hasta la existencia del derecho natural, los hombres apenas se encuentran reunidos se ofenden y se hieren recíprocamente. El fuerte despoja al débil; le priva de su abrigo, de su alimento, de su vida. Las facultades del Estado se ensanchan entonces, ante la necesidad de un poder que dirima los conflictos entre los individuos, obligando á cada uno á considerar limitado su derecho por el derecho de los demás. Desde ese momento existe el derecho positivo ó sea, como dice Beudant, el conjunto de las prescripciones y de las reglas que los hombres que viven en sociedad civil están obligados á observar. Su objeto no es otro que el de hacer posible la realización del ideal supremo de que ya he hablado, favoreciendo, en cuanto las circunstancias lo permitan, el establecimiento de la armonía de las libertades.

Pero esta clasificación del derecho, esta división en dos ramas, (derecho natural y derecho positivo), está bien lejos de contar con la unánime aprobación de los hombres de ciencia. La idea de la existencia de un derecho natural, anárquica y desquiciadora según Bentham, encuentra resistencias implacables y críticas mordaces. No hay tal derecho natural! No existen tales derechos naturales, inherentes al hombre. Se considera como justo en un momento dado, lo que poco antes ha sido injusto, lo que volverá á serlo dentro de breve plazo. Todas las iniquidades, todas las infamias han sido sucesivamente consideradas como la más exacta expresión del derecho: la conquista, la persecución religiosa, el despotismo de la iglesia, el despotismo del rey. ¿Dónde está, pues, y qué significa ese derecho natural? Eso dicen los que rechazan la clasificación del derecho que he adoptado, y esas son las objeciones que tendré que levantar.

En primer lugar, es absolutamente falso que las iniquidades y las infamias hayan sido aceptadas por el género humano, como la expresión acabada y perfecta del derecho. En todas las épocas, de que la Historia ha conservado recuerdo, se han hecho oír contra la arbitrariedad, contra el crimen, contra la barbarie, erigidos en sistema, gritos de indignación y de protesta. No citaremos como algunos escritores espiritualistas, á Sócrates, á Sófoles, á Plutarco, á Cicerón para comprobar nuestro aserto. Esas apelaciones soberbias á las leyes que no están grabadas en libros, que han sido dictadas por los Dioses, forman la trama de la historia de la humanidad, y contribuyen poderosamente á su interés. Ninguna raza, ningún pueblo, ningún siglo ha creído haber dicho la última palabra en materia de legislación; todos han manifestado el deseo de elevarse á un estado supe-

rior, y las naciones antiguas, cuyo orgullo las exaltaba hasta el extremo de que se consideraban como el centro del mundo, en sus extravagancias científicas, no escaparon sin embargo a esa ley general.

En cuanto a la incesante variación de las prescripciones jurídicas en todos los pueblos, no veo en ella un argumento serio contra la existencia del derecho natural. Hijo de las pasiones y de las necesidades del momento, teniendo precisamente por fin el allanamiento de los obstáculos que continuamente se oponen al triunfo del principio de la armonía de las libertades, el derecho positivo sufre incesantes transformaciones según la naturaleza de los obstáculos que está destinado a vencer. Aunque las sendas que el hombre elige para alcanzar el ideal que persigue, sean muchas veces extraviadas; aunque a menudo, al terminar una larga y penosa jornada, realizada a costa de inmensos sacrificios, le sea forzoso volver al punto de partida, para comenzar de nuevo la marcha, el ideal existe;—y, precisamente en la ignorancia de las leyes inherentes a su propia naturaleza, en la ignorancia de las condiciones que su desarrollo reclama, reside la imperfección del hombre, y, con esta, la causa de sus más grandes infortunios, la explicación de su más dolorosa *vi-cruis*.

He dado cierta extensión a esta ojeada al desarrollo del derecho y a su fundamento, por que aún cuando puede parecer una digresión no lo es en realidad. Estudiado así rápidamente, el derecho, discutida la existencia de leyes naturales, es fácil encontrar la razón y el origen del derecho internacional y resolver algunas cuestiones arduas que al comenzar su estudio se presentan. El derecho internacional ha tenido un desarrollo correlativo con el desarrollo del derecho entre los hombres. Apenas se forma un Estado tiene, por el mero hecho de serlo, ciertas facultades absolutamente indispensables a su desarrollo: tiene el derecho a la propia conservación, a la independencia, a la propiedad.

Pero a su lado otros Estados se forman con idénticas facultades. Sobrevienen como entre los individuos, serios conflictos entre esas personas jurídicas; es necesario armonizar esas actividades potentes que a menudo se ejercitan en sentido contrario; y para realizar esa armonía ideal, tan lejana entre los Estados como entre los hombres, nacen las prescripciones del derecho positivo internacional.

Sin embargo, esta explicación tan sencilla en apariencia da lugar a varias cuestiones interesantes que los internacionalistas discuten todavía. Reina entre ellos una pasmosa anarquía de ideas: unos, siguiendo las huellas de Wheaton niegan al derecho internacional todo carácter positivo; otros, en número considerable, niegan la existencia del derecho natural internacional. Y aún entre aquellos que atribuyen al derecho internacional su doble carácter, natural y positivo, no existe uniformidad de ideas, pues unos como Regnault y Pradier Fodéré ven en el derecho natural la base del derecho positivo, en tanto que otros, como Chau-

reau, le atribuyen un carácter puramente crítico y especulativo.

Trataré de descubrir la verdad en esa confusión de opiniones discordes.

Aquellos que niegan al derecho internacional un carácter positivo, sostienen tan aventurada negativa por medio de una comparación bastante hábil entre el derecho privado y el derecho público internacional. Las prescripciones de que consta el primero, dicen, han sido establecidas por una autoridad a la cual se debe acatamiento; para averiguar si ellas son cumplidas existen corporaciones permanentes que resuelven además todas las dudas que al respecto pueden surgir; y cuando algún individuo desconoce tales reglas, se pone en pugna con ellas, ó las interpreta de una manera errónea, la sociedad tiene a su alcance medios eficaces para imponerle una severa sanción. En lo que se refiere al derecho internacional no hay una autoridad que dicte leyes, ni corporaciones que velen por el cumplimiento de ellas, ni las acompaña una sanción penal.

Nunca he estado a mi alcance la importancia de esta argumentación. La inferioridad del Derecho Internacional respecto del Derecho Privado es algo que nadie ha negado hasta ahora, pero que no basta para negar al primero su carácter positivo. Este carácter ha sido atribuido al Derecho Privado aún en los tiempos en que pasaba por el período de formación, que actualmente corresponde al Derecho Internacional. La costumbre debe haber sido la forma primitiva de toda legislación, y aún en nuestros días constituye el fundamento del derecho constitucional inglés, como constituía en Roma y en Francia la base del Derecho Civil, sin que nadie hasta ahora haya pensado sostener que el derecho consuetudinario no es derecho positivo.

Pero aun que así fuera, aun cuando lo que llamaban los romanos *mores majores y coutumes* los franceses, así como el *commonlaw* de los ingleses, no tuvieran un carácter positivo, éste no podría ser negado al Derecho Internacional. Si las reglas de este último no son dictadas por legislaturas permanentes, si no tienen la fijeza de las prescripciones del Derecho Privado no por eso puede ser contestada su existencia: los Estados observan actualmente en sus relaciones ciertas reglas cuya violación es considerada como injusta; diariamente celebran congresos, forman tratados, contraen compromisos, por los cuales se obligan al cumplimiento de ciertas prescripciones que van formando lentamente un cuerpo de leyes internacionales, las cuales han sido invocadas, á veces con éxito, por los débiles, en la hora suprema de los conflictos armados.

Y tan poco la falta de tribunales internacionales puede ser invocada para negar la existencia del Derecho Positivo Internacional, porque nadie ha negado la calidad de positivo al Derecho Privado ni en la Edad media ni en las otras crisis pavorosas en que han desaparecido los tribunales permanentes ante el torrente de las pasiones embravecidas; y porque, si esa clase de tribunales no existe aún para resolver las cuestiones que se producen entre los Esta-

dos, por lo menos es frecuente la creación de tribunales de arbitraje, que hacen menos profunda la diferencia entre el Derecho Privado y el Derecho Internacional.

Pasando ahora al tercero y último argumento aducido en defensa de la tesis que discuto, se verá que carece también de importancia y de valor. Aun aceptando que no exista una sanción para las infracciones al Derecho Internacional, premisa que sin aventurarme demasiado puedo rechazar, no bastaría ello para deducir que no es un derecho positivo. Favorecidos por intensas conmociones, por repetidas turbulencias que obstaculizan la acción reparadora de la justicia, los enemigos de la sociedad infringen muchas veces las prescripciones que ésta ha puesto en vigencia, para su propia defensa, sin que sea posible aplicarles la merecida pena,—y sin embargo aún en estos momentos las leyes continúan siendo leyes y el Derecho Privado no pierde su carácter positivo. Todavía puedo decir más: aún en días de tranquilidad, en épocas normales se relaja de tal modo, por causas diversas, la disciplina social, que la violación de muchas disposiciones legales llega á ser un hecho completamente natural, y sin embargo, las leyes continúan siendo leyes, como en el caso anterior.

Pero profundicemos algo la cuestión. Veamos: ¿está en realidad el Derecho Internacional desprovisto de sanción? Son muchos los autores que responden á esta pregunta negativamente, y me inclino á creer que tienen razón. Rolin-Jacquemys cree que en la opinión pública, en la conciencia de la Humanidad reside la sanción del Derecho Internacional, y no es posible dudar de que aún cuando generalmente la voz de la opinión pública es impotente para acallar ambiciones desmedidas é intereses egoístas, en ciertos casos han tenido que prestarle acatamiento los Estados más poderosos. Otros ven esa sanción en las represalias, en las coaliciones, en las intervenciones que sufren á menudo los que abusan de la fuerza para atentar contra el Derecho Internacional. Bluntschli, por último, encuentra esa sanción en la guerra, con todo su séquito de horrores y de calamidades sin cuento.

Efectivamente: sin atribuir á la guerra una influencia exclusiva, debemos creer que Bluntschli ha procedido con acierto al considerarla como agente principal en lo que pudiéramos llamar penalidad internacional. Los Estados más fuertes, ante la amenaza de un conflicto armado, retroceden á menudo, porque la guerra es un azote formidable que aniquila no sólo al vencido, sino también al vencedor; y porque va generalmente acompañado de complicaciones con otros Estados poderosos, cuyos intereses y cuyos derechos difícilmente son respetados cuando se produce una lucha internacional.

Pero la guerra, según muchos internacionalistas distinguidos, no constituye una sanción eficaz: da el triunfo muchas veces, dicen, á los culpables; no siempre proporciona reparación satisfactoria al inocente vejado y oprimido. Los que de este modo se expresan no han comprendido el alcance, la naturaleza de la guerra como sanción

del Derecho Internacional. Nadie pretende ver en ella un medio al que pueden ocurrir los oprimidos, seguros de que la victoria los favorecerá. La guerra es una sanción, en el sentido de que los Estados más fuertes y más poderosos, aquellos que tienen más probabilidades de triunfo en un conflicto armado, vacilan mucho antes de extremar de tal manera las cosas que sea inevitable un conflicto de esa clase. La victoria es muchas veces más aparente que real, y las lágrimas de Pirro no son únicas en la historia de la humanidad.

Para hacer más comprensible nuestra idea quiero poner un ejemplo: tal vez no registren los anales de la guerra, una victoria más completa que la de los alemanes sobre los franceses en 1870. Según se puede deducir de un discurso pronunciado en el Reichstag por Bismarck en 1888, el canciller de hierro consideraba, cuando estalló la guerra franco-prusiana, que la Francia era una perpetua amenaza contra la seguridad de su país, y que era necesario abatirla y dominarla a todo trance. Para conseguirlo, por el tratado de Francfort, le fueron arrebatadas dos de sus provincias y una línea formidable de fortalezas. Pero ¿cuáles fueron los frutos de ese tratado? ¿Descendió acaso la Francia de su carácter de potencia de primer orden?

La contestación no puede ser dudosa. Si en 1870 según declaraciones de Bismarck la Alemania no vivía, no progresaba a consecuencia de la amenaza perpetua de la Francia, su situación hoy día está bien lejos de ser envidiable: la amenaza no ha desaparecido, y esto obliga a los alemanes a sostener grandes ejércitos. En cuanto a la Francia, en 1870, dice Novicow, tenía apenas 300,000 soldados, y ahora puede poner en pie de guerra 3 000 000 de hombres, debiendo además tenerse en cuenta que en 1870 el partido liberal francés pedía con insistencia la reducción del ejército, en tanto que ahora ni el más socialista de los diputados piensa borrar un solo franco de las sumas inmensas exigidas por el presupuesto de guerra. En presencia de estos datos, el ya citado escritor se pregunta: ¿cuáles han sido los resultados de la guerra de 1870? Doblar las fuerzas de la Francia!

Y no sólo en Europa, en América, no lejos de nosotros, hay ejemplos que corroboran la tesis que sostengo. Chile, vencedor del Perú y de Bolivia en una guerra tremenda, ha obtenido sin duda grandes ventajas por medio de su victoria; pero ahora, cuando una cuestión gravísima con un vecino poderoso amenaza seriamente la paz americana, tiene al norte dos pueblos patriotas, cuyos rencores no han desaparecido y cuya influencia puede ser funesta para él, en el caso lamentable de que la guerra llegara a producirse.

Y en esa misma cuestión de Chile con la República Argentina el ejemplo es sugestivo. Supongamos que estalla la guerra y que la victoria se decide por Chile. ¿Cuáles serán los beneficios que obtendrá éste? Se apoderará de los territorios cuyo dominio se discute actualmente, impondrá al pueblo argentino una indemnización exorbitante, le arrebatará puertos, provincias, todo lo

que desee; pero la República Argentina, admirablemente dotada de fuente de riquezas que no se agotan nunca, será, pasados algunos años, más fuerte y más rica que antes de esa guerra, y Chile vivirá bajo la amenaza de una reivindicación, que tarde o temprano tendrá lugar.

Bastan estos ejemplos, según creo, para demostrar que la guerra es para los fuertes y hasta para los invencibles, si éstos existieran, un freno poderoso y una sanción eficaz. Si algunas veces puede considerarse deficiente, también lo era la guerra privada como sanción del derecho privado en los pasados tiempos, sin que se negara por eso a éste carácter positivo.

Comprobada, pues, la existencia de un derecho internacional positivo, trataré de probar la existencia de un derecho natural, llamado con bastante vaguedad por muchos internacionalistas derecho teórico internacional. Es la escuela histórica, por boca de Savigny, Hugo, Ihering, Bluntschli, de sus personalidades notables para decirlo todo en una palabra, la que ha negado la existencia de un derecho natural para las naciones, sosteniendo que, fuera de las costumbres y de los compromisos contraídos por los Estados, no existe derecho internacional.

He refutado ya en gran parte la argumentación de esta escuela, cuando, al principio de esta conferencia, hice un breve estudio del derecho. Poco tengo que agregar. Desde el momento en que las prescripciones variables, incoherentes, del derecho positivo no tengan por objeto la realización de un ideal de armonía, de orden, superior a los intereses contingentes de los hombres, nada será arbitrario en las relaciones internacionales. La escuela histórica conduce forzosamente, en esta como en otras muchas cuestiones, a la aceptación de todas las iniquidades y de todas las injusticias.

Ahora, pasando de la existencia del derecho internacional en su doble carácter natural y positivo, a los lazos que unen estas dos facetas distintas de la misma ciencia, se percibe, como ya he dicho, la misma discordia. Para Bry, para Pradier Fodéré, para Regnault, el derecho positivo sólo tiene importancia como auxiliar del derecho natural; en tanto que para Chaureau y para algunos otros, aquella opinión da al derecho natural una misión superior a la que en realidad le corresponde, y que no es otra que la muy secundaria, según ese internacionalista, de hacer la crítica de las prescripciones del derecho positivo indicando «un ideal que marca el porvenir deseable del derecho».

Pero Chaureau proporciona las armas que deben destruir su opinión; por que si el derecho natural busca un ideal que marca el porvenir deseable del derecho su importancia no puede ser, en manera alguna, secundaria. Desde el momento en que se declare que ese ideal existe, las reglas del derecho positivo sólo merecen atención por la relación que tengan con él. Se comprende perfectamente que haya escritores que duden de la existencia del derecho natural; tal duda es errónea pero no absurda. Lo incomprensible es que, aceptada la existencia de

ese derecho, se pretenda empujarse su importancia y el alcance de su misión.

Perdido en la incoherencia de su doctrina, Chaureau, busca inútilmente el fundamento del derecho internacional y cree hallarlo en el equilibrio de dos tendencias opuestas, individualista la una, cosmopolita la otra; respondiendo la primera a las tendencias y necesidades propias de cada Estado, y la segunda al sentimiento noble y poderoso de la solidaridad humana. Pero el fin ha sido en este caso confundido con los medios; por que si la armonía entre esas tendencias opuestas es digna de interés, lo es solamente por las facilidades que una y otra pueden ofrecer a la realización del ideal de que he hablado, y que como se ha visto el mismo Chaureau se ve obligado a admitir.

Así pues, decir, como dice este internacionalista, que las conclusiones suministradas por el derecho natural no pueden constituir prescripciones obligatorias en sí mismas, y que estas prescripciones no son otra cosa que la parte crítica y teórica del derecho es sentar premisas perfectamente aceptables pero cuyas consecuencias son distintas de las que se les atribuye. La relación del derecho positivo con el derecho natural es, como lo reconocen los escritores espiritualistas, de conformidad y no de identidad, pues las leyes no son dictadas para expresar los principios de ese derecho, sino para allanar los obstáculos que a él se oponen. Y si la misión del derecho natural es puramente especulativa ó crítica, esa crítica debe tener algún punto de apoyo y proponerse algún fin noble y elevado.

La idea ha sido expresada con verdadero acierto por distinguidos internacionalistas. Conviene todos en que hay dos cosas que considerar en el derecho internacional: *lo que es*, el conjunto de prescripciones que en un momento dado constituye el derecho positivo, y *lo que debe ser*, el ideal de que he hablado en todas las páginas de esta conferencia, y que sólo puede alcanzarse paulatinamente, consultando con atención las exigencias de cada pueblo y de cada época. Si de la primera de estas cosas recibe el derecho internacional su carácter práctico y sólido, de la segunda recibe toda su nobleza y tal vez toda su utilidad.

Por mi parte, acepto la idea que la moda se complace en deprimir actualmente, y hecha esta declaración, paso a estudiar las modificaciones que ha sufrido el derecho internacional, adaptándose a la índole y a las circunstancias especiales de las razas y de los tiempos.

II

El derecho internacional no fué conocido por la antigüedad. En aquella época de barbarie, en que imperaba absoluto el derecho del más fuerte, las naciones poderosas oprimen a las débiles, sin imaginar siquiera que pudiera existir entre ellas un lazo jurídico. Ignorando por completo el derecho de los demás Estados, coexistir como personas internacionales, cada Estado consideraba lícito aniquilar a los otros, por cualquier motivo económico ó político, ó

solamente por entusiasmo conquistador. En tal situación, sólo el equilibrio de las fuerzas de los diversos Estados, podía obligar á éstos á aceptar ciertas reglas en sus relaciones, y en el Asia ese equilibrio no existía ni podía existir, por que no hay en ese continente, con excepción de algunos territorios encerrados por cadenas de inaccesibles montañas, no hay, repito, más que llanuras que carecen de defensa, abiertas á las invasiones, y que los pueblos conquistadores recorren en todas direcciones. Las naciones belicosas del norte no encuentran en sus irrupciones contra las pacíficas tribus del Sud, ningún obstáculo serio, y á consecuencia de todo esto se repite en el Asia con bastante frecuencia el hecho de que cualquier aventurero audaz que consigue formar un ejército, subyuga á todo el continente, y de que apenas un Estado adquiere cierto poderío, encadena á todos los demás.

Y no es esto sólo: si las condiciones naturales del Oriente eran contrarias al establecimiento del derecho internacional, causas morales no menos activas se oponían á él. Corresponde entre tales causas el primer puesto á la religión que producía entre los pueblos un abismo infranqueable, no sólo por ser el aislamiento la condición esencial de la unidad religiosa, sino por el carácter especial que la religión tenía en Oriente. Allí, el hombre que luchaba, el pueblo que combatía lo hacía por su dios, contra el dios enemigo: el judío no veía en el filisteo uno de sus semejantes sino un sér impuro y miserable, enemigo de Jehová. De aquí el carácter implacable y sangriento de la guerra, al mismo tiempo que la imposibilidad de un derecho internacional.

La institución de las castas, según Fiore y otros internacionalistas, contribuía á esa imposibilidad. No lo creo así: ya tuvieran un origen religioso, ya hubieran sido engendradas por la conquista, las castas pueden haber influido sobre la organización interna de un pueblo, pero no sobre sus relaciones con los demás. El odio al extranjero, el desprecio por los otros pueblos, no fué en la India, nación gerarquizada, más intenso que en otras naciones que no conocieron la institución de las castas.

Pero, sin llevar más allá la discusión sobre este punto, y sin profundizar tampoco el estudio de las causas de la ausencia de un derecho internacional en el Oriente antiguo, se puede afirmar esa ausencia como un hecho perfectamente comprobado. Ninguno de los Estados asiáticos reconoce á los demás un derecho á la existencia independiente. El pueblo hebreo mismo, cuyo concepto de la creación debía llevar consigo una idea clara y precisa de la unidad humana, sentó aunque lo niegue Fiore, la teoría de la invasión y de la conquista como fundamento de sus relaciones con los otros pueblos, y la conquista de la tierra prometida, acto de despojo violento sin motivo alguno que lo motivara, es la prueba completa de mi afirmación.

Si esto sucedía con los hebreos cuyo carácter nacional fué más bien religioso que conquistador, fácil es comprender lo que sucedería con los pueblos guerreros. Al

frente de grandes masas como, Nabucodonosor, Cambises, Sesostris y tantos otros conquistadores infatigables, arrasaron, en épocas diversas, todos los obstáculos que á su paso se oponían, constituyéndose en amos de todo el mundo entonces conocido. Si alguna vez fracasaron en su intento, si la suerte desbarató sus ambiciosos planes, no por eso recobraron su libertad los pueblos oprimidos: sólo cambiaron de yugo. Por más que en ciertos momentos excepcionales, algunos reyes parecen tener una noción confusa de la solidaridad humana, la ley general fué la conquista, el exterminio de los extranjeros, la supremacía del más fuerte, y en tales condiciones es absurdo pensar en el reconocimiento de la igualdad de las naciones y de los deberes que están llamadas á cumplir.

Los pueblos religiosos, teocráticos y los pueblos guerreros tuvieron pues la misma idea de las relaciones internacionales. Prestaron sin duda beneficios inapreciables á la civilización y hasta cierto punto al desarrollo de la idea de la solidaridad humana, tratando los unos de imponer su fe aun que por medios ahominales, obligando los otros á los pueblos, por medio de la guerra, á conocerse, á mezclarse, obedeciendo al mismo rey, organizándose bajo un solo plan, pero para el derecho internacional su influencia fué nula. Otro fué el destino de los pueblos comerciales. Los fenicios abrieron anchas vías al progreso, dieron impulso á las relaciones fecundas del comercio, que crea, sin duda alguna, lazos más sólidos que los que la guerra engendra. Algunos escritores, recordando el carácter sangriento de ciertas prácticas de la religión fenicia, han atribuido á ésta la influencia que tuvo en las naciones teocráticas;—pero los hechos desmienten esa opinión. Sin pretender ni remotamente, que los fenicios tuvieran idea del derecho de los otros Estados á su soberanía independiente, ni que vislumbra- ran siquiera el concepto moderno de las personas internacionales, se puede asegurar, teniendo en cuenta la política observada por Tiro con las colonias que de su seno salieron, recordando que éstas formaban con la metrópoli, una especie de federación que recibía su cohesión de la unidad de intereses y no de la imposición brutal de la conquista, con tales datos, digo, se puede asegurar que los fenicios han creado entre los pueblos relaciones de igualdad que las naciones guerreras y teocráticas hacían imposibles.

Sin embargo, repito lo que dije al comenzar esta ojeada al desarrollo del derecho internacional: el Oriente antiguo no lo conoció. Si entre los diversos Estados que lo componían, existieron temporariamente ciertos lazos; si esos Estados, en ciertas ocasiones, contrajeron compromisos recíprocos, análogos á los que se forman hoy día por medio de los tratados, faltaba á esos lazos, á esos compromisos ó convenciones, el fundamental elemento del derecho internacional: la idea de la personalidad jurídica de cada Estado, de los derechos inviolables que le son inherentes, y que la fuerza no le puede arrebatar. Esa idea es completamente moderna, pues como vamos á ver en se-

guida, ni Grecia ni Roma la enseñaron al mundo.

La primera de estas naciones se nos presenta maravillosamente preparada, en apariencia al menos, para desarrollar el concepto moderno del derecho internacional. Protegida por las Termópilas, al abrigo de las repetidas invasiones que tantos amos dieron á ciertos pueblos del Asia, y teniendo por otra parte, un vasto litoral marítimo que favorecía sus comunicaciones con el resto del mundo, la Grecia escapaba á muchas de las causas que habían privado al Oriente antiguo del conocimiento de los lazos jurídicos que unen á los Estados en nuestros tiempos. Además, dividida la península naturalmente en varias soberanías independientes, cuyas fuerzas estaban más ó menos equilibradas, se establecieron entre ellas ciertas prácticas, hijas de la necesidad: los embajadores fueron respetados; su inviolabilidad asegurada, y las anfictionías y otros congresos análogos, colocados bajo la protección de los Dioses, resolvieron á menudo las cuestiones que surgían entre los Estados griegos. Pero desgraciadamente ni esas prácticas, ni la idea de igualdad, que fué la base de las relaciones recíprocas de esos Estados, alcanzaron á los pueblos que se encontraban fuera de la península. Una civilización portentosa, cuyos beneficios no apreciemos bastante, el triunfo completo sobre el Asia, Maratón, Platea, Salamina, tantas victorias, tantos días de gloria, inculcaron á los Griegos la convicción de una superioridad absoluta sobre los demás pueblos;—y á pesar de que algunos de sus filósofos presintieron la unidad del género humano, el orgullo nacional tuvo siempre más fuerza que esas altas enseñanzas, y la igualdad jurídica de las naciones no fué reconocida.

En Roma las cosas no pasaron de otro modo. Allí como en Grecia se conocieron ciertas prácticas que revelan una tendencia á regularizar las relaciones con los otros pueblos; pero allí, como en Grecia también, faltó el reconocimiento de las personalidades internacionales. La política de Roma fué en un principio conservadora y moderada porque necesitaba de la amistad y del apoyo de sus vecinos;—pero así que la rendición de Cartago suprimió la amenaza perpetua que había a ese día memorable había tenido sobre sí, la fiebre conquistadora de los romanos, revelóse por completo.—Es cierto que el yugo que impuso á los vencidos fué por lo general poco pesado; es verdad que dió entrada en el Capitolio á los dioses de todas las naciones subyugadas; pero tales manifestaciones de bondad y de dulzura, engendradas por la necesidad, si bien tienen gran interés histórico, no lo tienen para el derecho internacional. Para éste sólo existe el hecho incontestable de que la conquista del mundo fué la aspiración fundamental, el fin supremo de la política romana; y de que cada vez que los pueblos vencidos intentaron reivindicar su independencia, el blando yugo de que hemos hablado se hizo férreo, pagando á precio altísimo esos pueblos su legítima rebelión.

Al caer el imperio romano, la gran revolución que trastornó por completo al mun-

do, tenía que influir sobre la idea predominante acerca de las relaciones internacionales. Dos elementos poderosos entran en acción entonces: el Cristianismo, con el sublime dogma de la igualdad de los hombres, con las enseñanzas de caridad y de amor que dulcificaron lentamente las ideas y las costumbres, y los Bárbaros que dominados por un espíritu individualista extremado, facilitaron en cierto modo el reconocimiento de la soberanía de los Estados, y abrieron anchas vías al concepto moderno del derecho internacional.

Considero superflua la salvedad de que no pretendo encontrar en Jesu-Cristo el precursor de los modernos internacionalistas, ni en los Evangelios el primer tratado de derecho internacional.—Sincero admirador del cristianismo histórico, reconozco la magnitud de la obra por él realizada; lo veo palpar en todas las manifestaciones de nuestra civilización; corregir grandes vicios; fomentar nobles iniciativas, inspirar hermosos sacrificios;—y si bien no puede serle atribuida la paternidad del derecho internacional, es incontestable la influencia que Jesús ha ejercido sobre él, dirigiendo a la Samaritana palabras de fraternidad nunca oídas hasta aquel día; revelando en la Cena la comunión del Universo entero, sellando por último, en el Gólgota, con su sangre, la santa doctrina que debía transformar radicalmente la sociedad.

A primera vista parece que la influencia de los Bárbaros debió ser opuesta a la influencia cristiana. Aquellas formidables invasiones que se repetían continuamente, debieron, en apariencia, sofocar todo sentimiento de fraternidad y de amor. Pero estudiando con cuidado los sucesos, aquilando escrupulosamente los resultados definitivos de esas grandes irrupciones, se comprende que, si en los primeros momentos, pudieron poner en peligro la civilización y las ideas de humanidad que, más o menos encubiertas aparecían, contribuyeron después a vigorizarlas. Los Bárbaros, rompiendo la antigua unidad romana, fundada por la conquista, devolvieron su vida independiente a las pequeñas colectividades que la habían perdido; respetaron las costumbres y las leyes de los pueblos que caían bajo su dominación, y como, por otra parte, ellos no abdicaban sus costumbres ni su legislación, la unidad jurídica establecida por Roma desapareció al mismo tiempo que la unidad política, quedando de ese modo restablecida la coexistencia de diversas soberanías, condición *sine qua non* del derecho internacional.

En este momento crítico de la historia se inicia la formación de las nacionalidades modernas, gracias a un trabajo lento é incasante que debía tener al fin por resultado la fusión de vencidos y vencedores. Los Francos y los Galos unen su sangre, sus ideas, todos los elementos de sus respectivas civilizaciones, para formar así la célula inicial de la nacionalidad francesa. La española nace de la amalgama de diversos elementos, entre los que predominan los Godos, los Vándalos y los Árabes. La inglesa tiene su origen en la fusión de Celtas, Sajones, Dinamarqueses y Normandos, des-

pues de largo tiempo de sangrienta lucha.

Y como un estudio de las causas de las nacionalidades y del interés que tienen para el derecho internacional, se encuadra perfectamente en los límites de una introducción a esta ciencia, interrumpo la reseña histórica que estaba haciendo, para realizar el estudio de las nacionalidades con la brevedad indispensable para no dar á mi conferencia una exagerada extensión.

III

Considero inútil repetir los argumentos que al comenzar hice contra la doctrina del contrato social. Atribuir la formación de las nacionalidades á un contrato, es fundar arbitrariamente ciertos hechos sobre otros hechos cuya realidad no ha sido comprobada, es introducir, en el derecho internacional, nociones anárquicas y desquiciadoras, puesto que las nacionalidades, fundadas por la voluntad de los hombres, llevarían en su seno el germen de su disolución; y favorecer el fraccionamiento del género humano, sin razón ninguna, hasta el infinito, puesto que cada grupo de tres ó cuatro individuos que pretendan aislarse del resto de sus semejantes, tendrá derecho á constituirse en nacionalidad.

Pero no es eso todo. Aun cuando las consecuencias de la aplicación de la doctrina del contrato social á las nacionalidades, fueran inmejorables, aun así mismo, esa aplicación sería imposible, porque la voluntad humana no bastaría para dar explicación de la cantidad de elementos distintos que constituyen la nacionalidad, de los factores étnicos, históricos y geográficos que contribuyen á su formación.

Lejos estoy, sin embargo, de negar en absoluto, la influencia de la voluntad humana en la formación de las nacionalidades. No pertenezco á la escuela filosófica que ve en el hombre un instrumento ciego de las circunstancias. Carlyle contesta á los que participan de semejante idea, á los que ven en los héroes la creación forzosa de los acontecimientos, evocando el recuerdo de siglos que han llamado á gritos á sus grandes hombres, sin que sus grandes hombres aparecieran; y si bien la doctrina del historiador inglés cae en el extremo opuesto al que quiere combatir, en la soberbia exposición que de ella ha hecho en sus libros, se encuentra la base de la feliz idea, que sin negar la importancia de las circunstancias, de los factores naturales del desarrollo de los pueblos, proclama la facultad del hombre para influir poderosamente en ese desarrollo, imprimiéndole una dirección acertada atenuando lentamente las resistencias y buscando en las mismas circunstancias la manera de modificar de un modo conveniente la marcha de los acontecimientos.

JUAN ANDRÉS RAMÍREZ.

(Concluirá.)

SUELTOS

Nuestro compatriota el distinguido escritor Angel Menchaca, residente desde hace tiempo en Buenos Aires, donde se ha granjeado una honrosa reputación como crítico de arte y periodista, ha prometido á la REVISTA NACIONAL, para muy en breve, su valiosa colaboración.

La casa editorial de Antonio Barreiro y Ramos nos ha obsequiado con un ejemplar del *Anuario* que acaba de dar á publicidad, elegantemente impreso en los bien reputados talleres de Dornaleche y Reyes.

Es una verdadera enciclopedia de conocimientos industriales y estadísticos, que une á la utilidad de sus informaciones el atractivo de la variedad y la lectura fácil y amena.

El *Anuario* ha sido organizado bajo la competente dirección del Sr. Modesto Cluzeau Mortet.

La Redacción de la REVISTA NACIONAL agradece al Director de la «Revista Literaria» de Buenos Aires su galante ofrecimiento de las columnas de esta interesante publicación á cada uno de los redactores de la nuestra.

A pedido de nuestro colaborador el Dr. D. Julio Magariños Rocca, hacemos en su nombre igual manifestación de agradecimiento por análoga invitación, agregando á ella su promesa de corresponder en breve al pedido de colaboración de la citada Revista.

Ha empezado á imprimirse por los talleres tipográficos del Sr. Peña la novela *Valmar* de nuestro joven compatriota Mateo Magariños Solsona, ya ventajosamente conocido como cultivador de ese género literario por su obra *Las hermanas Flammar*, que tan favorable acogida obtuvo de la crítica y el público.

En oportunidad, el autor anticipará á la aparición del libro á que nos referimos, la publicación de uno de sus capítulos en las columnas de la REVISTA NACIONAL.